# TEMAS TOLEDANOS

## AMBIENTES Y PERSONAJES DE TOLEDO DEL SIGLO XX

Instituto Provincial
DE
Investigaciones y Estudi
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4
TOLEDO

80

Fernando Dorado Martín

i.p.i.e.t.

# TEMAS TOLEDANOS

*director técnico del I.P.I.E.T.*

Julio Porres Martín-Cleto

*director de la colección*

José Carlos Gómez-Menor Fuentes

*consejo de redacción*

José María Calvo Cirujano, Rafael J. del Cerro Malagón,
Ricardo Izquierdo Benito, Ventura Leblic García,
Fernando Martínez Gil y Julio Porres de Mateo

*colaborador artístico*

Fernando Dorado Martín

*administración*

I.P.I.E.T.

Diputación Provincial

Plaza de la Merced, 4. Telf. 25 93 00

TOLEDO

Fernando Dorado Martín

# AMBIENTES Y PERSONAJES DE TOLEDO DEL SIGLO XX

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

N.º 79

Depósito Legal: TO-167-1995.

ISBN: 84-87103-47-2.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Fernando Dorado Martín

# AMBIENTES Y PERSONAJES DE TOLEDO DEL SIGLO XX

Toledo
Diputación Provincial
1995

# EXPLICACIÓN PREVIA

He querido reunir en este tomo doce semblanzas de hombres que dieron lustre a Toledo, fallecidos en el presente siglo.

A cada vida descrita antepongo breve exposición del entorno en que se desenvolvió, anotando acontecimientos o anécdotas mayormente arrinconadas o no recogidas en letra impresa. He evitado coincidir con lo que ya está dicho porque, de lo contrario, no tendría justificación darlo a la luz; de ahí que, por olvidadas, haya escogido estas figuras marcadoras de su benéfica impronta en la ciudad, figuras que espero llamen la atención del lector y merezcan su laudable reconocimiento.

No lleva la serie orden cronológico, puesto que los períodos de las existencias de sus personajes se entremezclan. Tampoco va ordenada conforme a las profesiones o actuaciones que ellos tuvieron, habiendo preferido repartirlos y darles diversidad a través de las páginas de este volumen; sin embargo, a todos he procurado enlazarles a tenor de circunstancias o situaciones parejas, con su respectivo precedente y del que le sucede.

Para la redacción de cuanto forma el texto me he ayudado con las informaciones que he solicitado y obtenido de los familiares de los protagonistas, unido a lo por mí recordado o sabido dentro del propio hogar durante mi juventud. De ello he seleccionado lo que, aunque con memoria lejana, ofrece fidelidad a los hechos y datos facilitados; he tratado de comprobar los dudosos y depurar los ambiguos, recurriendo a diversos escritos y publicaciones, algunos yacentes en empolvados anaqueles.

## EL ÚLTIMO TELAR ARTESANO EN TOLEDO

En julio de 1936 dejó de funcionar el último telar en Toledo, rompiéndose así una antigua tradición artesanal del tejido, que había llegado a alcanzar en siglos anteriores, según Angel Cantos en su obra «Toledo», el respetable número de 4.000. Felipe V hubo de confirmar, una vez ampliadas, las ordenanzas que regían desde la Edad Media la más importante de las industrias de la ciudad, conocida como Arte mayor de la Seda.

Oportuno será repasar cómo entró y cómo se asentó en España esta variedad de hilado. A los chinos se les debe la industria de la seda; que a ésta y a los gusanos productores se dedicaron a estudiarlos dos sacerdotes persas, convertidos al catolicismo, viajando por China en el siglo VI, tras de lo cual subrepticiamente llevaron a Constantinopla, ocultos en el interior de sus bastones, huevecillos para propagar la cría, burlando de este modo el celo de los orientales, que impedían su exportación y se empeñaban en mantener reservadamente la industria sedera. De Constantinopla pasó el conocimiento y fabricación a Grecia, Italia, Francia y España. En nuestra nación tomó tal auge que en Sevilla pronto llegaron a contarse 16.000 telares de confección de tejido de seda. En el siglo pasado Aragón y Toledo eran espléndidas áreas sericícolas. Hasta los años veinte del presente se mantuvo en nuestra Capital una importante fábrica, situada en la finca de San Bernardo, finca donde aún pueden verse filas de moreras, cuyas hojas sirvieron de alimento a los gusanos criados en la factoría. Hay constancia de que en el referido siglo XIX, un prócer toledano tuvo la intención de imponer monocultivo de morera en todas las vegas, desde la Huerta del Rey hasta la finca de Los Lavaderos, considerándolo muy rentable; mas las autoridades locales, con buen sentido, no lo consintieron porque de lo contrario hubiera quedado anulada la explotación de frutales y productos hortícolas, necesarios para el abastecimiento de la población.

Todavía quedaban entre nosotros, en los años veinte, cuarenta telares con hilaturas de seda y de otras materias, de los que se cuentan como más conocidos los del maestro Molero. En la provincia desaparecieron últimamente los establecidos en los pueblos de Cuerva, Mohedas de la Jara, Mora, Orgaz, Villatobas y Los Yébenes; subsisten aún en Campillo de la Jara, Navalcán, Los Navalucillos, Puerto de San Vicente y Valdeverdeja. Fábricas de paños, de gran riqueza local, los ha tenido Sonseca pero, por no renovar el utillaje, terminaron por desaparecer y los sonsecanos pusieron sus ojos en otras industrias con mejores resultados como son la del mueble, del género de punto y en expansión su tradicional del mazapán.

En Toledo fue perseverante Higinio Librado, hombre como otros tantos en los que su continuar laborioso parte de su raíz familiar, dentro de cuyo seno aprendieron con amor el oficio que salvo por fuerza mayor tuvieron propósito de no dejar nunca. Higinio, en su ciudad, fue el último tejedor.

## HIGINIO LIBRADO RETANA

Nacido y enterrado en Toledo, Higinio Librado Retana tenía ascendencia vasca, con precisión, en Vitoria, de donde llegó a Toledo su padre, Eduardo. Ambos trabajaron en el telar propio, que se extinguió al comienzo de la guerra civil porque, ya solo Higinio al frente de la pequeña industria, con su mujer y sus hijos tuvo que abandonar la casa en la que el taller estaba instalado, situado al final de la cuesta de San Justo, zona batida por el tiroteo cruzado durante el asedio al Alcázar.

En el telar se confeccionaban galones, agremanes y cintas, tejidos con hilo de algodón de Barcelona, hojuela procedente de Alemania y, en los últimos años, seda de Valencia. El producto elaborado tenía como destino principal Madrid.

Higinio se casó con Catalina Díaz, nacida en la próxima localidad de Bargas, a la que conoció siendo soldado. Ella ayudó en todo al marido, atendiendo al hogar y echando una mano en el telar; además todavía sacaba tiempo para trabajar a domicilio como peinadora de alguna escogida clientela. El buen humor de la esposa se identificaba con el del cónyuge, ambos esperando gozosos fechas señaladamente festivas como las de los carnavales, en los que participaban correteando por calles y plazas disfrazados ingeniosamente. Su economía doméstica, si no boyante, sí era lo suficientemente holgada posible para satisfacer a sus hijos Elisa, Antonio, Carmelo y Carmen caprichos inalcanzables para otras familias como fueron la compra de un burrito y más de una vez un cordero para que jugaran sus niños, que éstos hacían alborozadamente ante las felices miradas de los padres.

Largas horas de la jornada le ocuparon sus labores al último tejedor de Toledo, ello aprovechando la luz natural, la a temporadas incierta de una bombilla y si se suspendía el servicio eléctrico, circunstancia nada excepcional, recurría a la más segura, que era la producida por carburo dentro de un bote arreglado y adap-

tado por el hábil y afanoso artesano. Hasta artesanos eran algunos términos hablados empleados por él para designar varias piezas de su equipo; así, a Higinio se le oía decir «caña», que aplicaba al carrete en que se enrollaban hilos de alpaca, de algodón o seda, y «ubridor», acaso corrupción de un tecnicismo industrial. Artesana fue su pericia en reponer o corregir algún elemento de los que estaba formado el telar; muy diestra y pacientemente manejaba limas para hacer o perfilar las roscas de los tornillos, éstos de madera como lo era la materia de la mayor parte de los componentes de su rudimentaria maquinaria.

Ruedas de nogal, cojinetes, ejes de levas y sus contrapesos, pedales para mover sin descanso por el pie del operario, rodillos, alambres verticales para guiar la urdimbre y la trama, se encajan en el alto y ancho bastidor conservado. Aún puede verse funcionar este artilugio en una estancia que, en la calle de las Recogidas, confluyente con la cuesta de San Justo, guarda con devoción filial el último superviviente de los Librado, el hijo llamado Carmelo. Un acompasado trasteo se deja oír, si se maneja el pedal, en el ámbito donde permanece este antiguo telar y también las devanaderas para enlazar el hilo de las madejas a los tirantes de la máquina de tejer; al final se halla otro tipo también llamado devanadera, pero que, al revés, enrollaba las cintas hechas, dispuestas para el empaquetado y posterior envío al cliente.

Higinio era un artesano que daba gran valor a sus procedimientos personales, por lo que curiosamente llamaba la atención verle humedecer sus dedos en la boca y con ellos hacer pasar los hilos con mejor adherencia a las restantes canillas.

Carmelo, el hijo, heredero de la laboriosidad de su padre, tiene reunido un interesante museo, en el que el antiguo telar de la familia ha añadido un amplio conjunto de pequeñas armas blancas, cuchillería y herrajes salidos de multiplicidad de plantillas; hay también en el museo una pequeña fragua, una mufla, un torno y moldes para recoger productos de fundición. Todo esto ha sido creado y acondicionado por las expertas manos de este inteligente sucesor. Abundan asimismo en esta folklórica colección gran variedad de pasados objetos hogareños, como son cofres, antiguas cajas de madera guardadoras de adornos de mujer, antañonas cajas metálicas de marcas de conservas, peinetas, alfileres y un sinfín de útiles que llaman la atención. Se reúnen igualmente carteles, prospectos y testimonios escritos pertenecientes a épocas fenecidas, muy informativos. Debe verse este pequeño museo, aunque haya que esforzarse subiendo la empinada cuesta de San Justo, próxima a él.

## LOS VECINOS. LAS VERBENAS

De la plaza de San Justo dice el ilustre académico Julio Porres, en su obra «Historia de las calles de Toledo», que tiene «sello barroco y provinciano... aire reposado y tranquilo, entre burgués y artesano, con vecinos tradicionales

y pintorescos a veces... un estilo propio, que la distingue de las demás plazuelas de Toledo».

Un tanto perdida ahora esa estampa, viene el recuerdo de ella dentro de los tres primeros decenios del siglo actual. El pintor Fernando Alvarez de Sotomayor, ferrolano nacido en 1875, bullía siendo niño por la plaza, próxima a su domicilio de la cuesta que desemboca en ella, y se paraba frecuentemente en rincones de su barrio para ver pintar a José Vera y a otros artistas; residió transitoriamente en Toledo por conveniencia familiar en razón de que un hermano suyo, cadete externo, estudiaba en la Academia de Infantería, y al que junto a Fernando atendía su madre, viuda. Abundaban los trasiegos de ocupación en las casas por arrendar, sobre todo de forasteros que venían a vivir circunstancialmente; no así los toledanos de nacimiento, de los que gran parte permanecían perdurablemente en las casas en que por vez primera vieron la luz o en sus cercanías.

En el barrio moraban peones y artesanos, funcionarios, empleados y titulares de alguna tienda, compartiendo vecindad con sacerdotes. El sacristán de la Parroquia, Alejandro Martín, muy querido por todas las muchas personas que le conocían, tenía vivienda junto al templo filial de San Lorenzo, doscientos cincuenta metros más abajo del principal de la feligresía; formaba parte de esa entrañable relación de habitantes que presidían los santos patronos Justo y Pastor moldeados en bronce, santos entronizados en alta hornacina de la fachada de la iglesia parroquial.

De ésta salía la esperada procesión de San Antonio, en junio de cada año. En una de estas ocasiones se organizaba en la plaza una atrayente verbena, en la que no faltaban arcos adornados con banderas y faroles, rifas, música y puestos de golosinas, incluido el carrito de helados, motivos muy placenteros para cuantas personas de los alrededores y de la ciudad entera acudían a la fiesta. No pocas parejas de jóvenes improvisaban sus bailes a los acordes de la «Banda del Tarugo», como burlonamente se la denominaba popularmente, aunque en el fondo era muy estimada. El nombre oficial de esta agrupación era la de Banda Municipal, sin otro uniforme que la gorra de plato con que se cubrían sus componentes, dirigidos por Alejandro Martín Sánchez, todos muy bien preparados musicalmente, con extenso programa, en el que predominaban trozos de zarzuelas, muy apreciadas por los asistentes a estas verbenas, muy atentos en los conciertos, permaneciendo de pie sobre el suelo empedrado al igual que los instrumentistas de la Banda.

## ALEJANDRO MARTÍN SÁNCHEZ

Hombres muy meritorios pasaron por la vida que, si populares en su tiempo, cayeron después en el olvido. Pero el tesón, el entusiasmo y el empuje que en su buen hacer aportaron, hicieron siembra de lo bueno que hoy encontramos.

Uno de estos hombres fue Alejandro Martín Sánchez, director de banda de música y de grupo coral hasta que murió en su ciudad natal, Toledo, el 2 de mayo de 1928. Había nacido hacía cincuenta y seis años, edad joven considerada actualmente; malogrado porque todavía se podía haber esperado más de él de haberse prolongado su existencia.

Sus dotes naturales aprovecharon el ambiente artístico que había, del que fue germen la Academia de Música «Santa Cecilia», que creara el gran cardenal Sancha Hervás. La vocación musical de Alejandro se hizo pronto patente, alentado dentro del entorno eclesial en que su actividad profesional lucrativa realizó. Fue sacristán y por ello muy pronto se halló rodeado de órganos, armonios, violines y contrabajos en ceremoniales solemnes de misas y octavarios de parroquias, filiales, conventos y fundaciones, y aun en tedeums y otros actos religiosos promovidos por el Cabildo de la Catedral.

El acceso a estudios mayores que los de primera enseñanza sólo era posible entonces a hijos de contadas familias; la suya no pudo darle otra que la que él mismo se procuró, con su inteligencia y deseo de aprender de gentes con sabiduría a las que se acercó. En mayo de 1891 recibió un documento escrito, fechado en Madrid, que más que simple oficio parece un diploma, en el que se le nombraba acólito del Hospital del Rey, suscrito por la Excma. Sra. Vicepresidenta de su Junta de Patronos, con la asignación anual de 200 pesetas. Así, desde niño, además de ayudar económicamente a su hogar, se fue introduciendo en grupos de élite culturales, que le sirvieron de estímulo para sus inquietudes; aprendió los latines necesarios para ayudar a misa y para acompañar en otros servicios litúrgicos, sin dejar de iniciarse en el solfeo con el método de don Hilarión Eslava y proseguir hasta dominar el teclado de pequeños órganos impulsados por fuelle. No tardó en ocupar la plaza de sacristán de la parroquia de San Justo, a la que habría de atender en su iglesia principal y a las sufragáneas de San Lorenzo —junto a la que obtuvo vivienda—, San Andrés y San Miguel, y de tarde en tarde a las ermitas del Valle y de la Guía.

Pero su salto a la eficacia trascendente habría de darlo, tras perseverante estudio, al pasar a ser director del Orfeón toledano, compuesto por cuarenta voces escogidas, algunas de alto relieve. El Orfeón fue un conjunto muy conocido dentro y fuera del contorno local. Intervino durante bastantes años en extraordinarios acontecimientos festivos, desarrollados en el Teatro de Rojas, Palacio Arzobispal, Ayuntamiento, Plaza de Toros y Paseo de Merchán, que honraron con su presencia grandes personajes del interior y foráneos. Fue muy aplaudido por la habitual nutrida concurrencia en la puesta en escena de óperas y zarzuelas y en conciertos feriales de banda. No redujo el Orfeón sus manifestaciones sólo a Toledo, sino que estuvo además en contacto y colaboró frecuentemente con afamadas formaciones similares de la capital de la Nación.

En 1904 Alejandro Martín fue elegido director de la Banda de Música que

llevó el nombre de Municipal, si bien que la misma se mantuvo de las minutas que presentó a las cofradías organizadoras de sus procesiones y a los ayuntamientos de otras localidades promotores de sus celebraciones más señaladas, a las que con sus instrumentos los componentes viajaban utilizando carros como medio de transporte. En una de estas poblaciones, se cuenta, llegaron, por olvido, sin partituras; pero el director, Alejandro, salvó la situación escribiendo bien impuesto y con rapidez increible el anunciado repertorio en pentagramas improvisados, sobre varias hojas de papel de estraza proporcionadas por una tienda de comestibles.

De Alejandro Martín se guarda un cuaderno que recoge con su buena caligrafía inglesa un estudio musical propio, preparatorio para instruir a cada ejecutante acerca de la clave, bemoles y sostenidos que habrían de retener para cada momento al hacer sonar el trombón, el oboe, el requinto, la flauta o el dispositivo de percusión pertinente. Fue director de grandes aptitudes didácticas y contribuyó influyentemente a que apareciesen cuantiosas nuevas vocaciones, que darían lugar después de su muerte a que se incrementase el número de instrumentistas, desdoblándose su Banda en las posteriores Unión Musical Guerrero y Agrupación Armónica, que con las del Colegio Provincial (Asilo) y la de la Academia de Infantería, satisfacerían las apetencias del pueblo toledano en los años trienta, ávido de audiciones musicales.

Alejandro Martín, padre de familia numerosa, transmitió su afición a sus descendientes. Uno de ellos es su nieto, Joaquín Martín Robles, a quien se le nombró toledano de honor por su apasionada dedicación como presidente de la Asociación de Relaciones Internacionales Alfonso X el Sabio, este inteligente Joaquín, emprendedor y ejemplo de ciudadanía, como su abuelo.

## ALCALDES DE TOLEDO

Del programa de festejos de la Feria de 1935, los correspondientes al día 19 de agosto fueron los siguientes:

«A las doce de la mañana: Desfile desde el Miradero al Ayuntamiento de las Bandas de la localidad y de la Banda Municipal de Jaén. A las diez de la noche: Concierto musical en la plaza de toros, por la Banda Municipal de Jaén, que dirige el compositor toledano don Emilio Cebrián, y concierto en el Paseo de Merchán por una Banda de la localidad».

Cuatro bandas de música, repetimos, se asentaban en Toledo, dos de las cuales eran las desdobladas y cuyo origen tuvieron en la que inicialmente encabezaba Alejandro Martín, adoptando los nombres de Agrupación Armónica y Unión Musical Guerrero. Con la de la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia y la del Colegio Provincial, alternaron sus conciertos jueves y domingos en

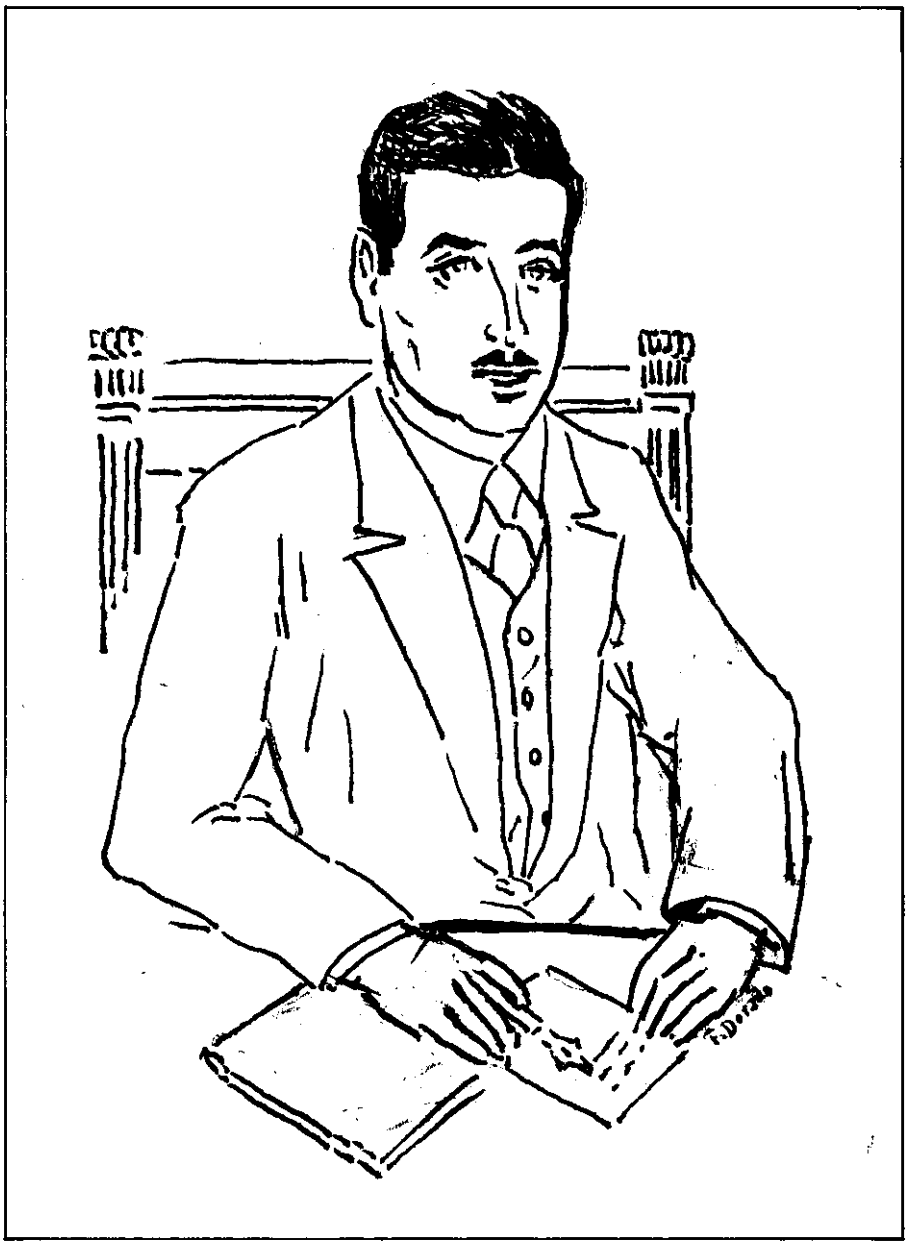
el kiosco que hubo en el paseo del Miradero. En Carnaval aparecían rondallas provistas de guitarras, bandurrias, laúdes y panderetas, con buenas voces, entonando coplas de no muy ortodoxos versos, pero de gran gusto para un importante sector de la población, en sus letras referidas a aconteceres sociales o políticos del tiempo. Una de estas coplas decía así:

El Alcalde de Toledo
un honrado obrero es;
no vayáis a confundirle
con aquel que vino y se fue.
Fue concejal por Valencia
y dicen que fracasó,
y a nosotros los toledanos
nos ha dado el lamedor.

El que de Valencia vino fue José Ballester Gozalvo, el primer alcalde que tuvo Toledo en la República; era abogado y profesor de la Escuela Normal de Maestros; estaba afiliado al Partido Radical Socialista, partido integrado posteriormente en el de la Izquierda Republicana, presidido por Manuel Azaña. El alcalde honrado obrero a que alude la copla es Justo García García, que sucedió a Ballester; tenía por profesión la de carpintero y pertenecía al Partido Radical acaudillado por Alejandro Lerroux.

A continuación de ellos sería nombrado alcalde Guillermo Perezagua, de igual filiación política que José Ballester; regentaba el bar La Galleta, en la calle Real del Arrabal. El último alcalde que hubo en la Monarquía, la acabada en 1931, fue Alfredo Vanden Brule, abogado, a quien hasta los mismos republicanos aplaudieron en pleno hervor de alegría al advenimiento del nuevo régimen, cuando de los toledanos se despedía como primer mandatario del Ayuntamiento la tarde del 15 de abril.

Con menores asignaciones o ayudas de las Administraciones superiores que en la actualidad, los ayuntamientos tenían que preocuparse por atenciones asistenciales cuales la médica, la escolar y la de procurar trabajo cuando las necesidades lo demandaban. En Toledo funcionaba la Casa de Socorro en la cuesta del Alcázar, donde se hacían curas que no requerían hospitalización y donde había consultorio para pacientes acogidos a la Beneficencia municipal. Las escuelas no eran olvidadas por la Junta municipal de primera enseñanza, presidida por el primer edil, con atribuciones de inspección de higiene y con iniciativas en cuanto a cantinas, colonias escolares (vacaciones residenciales veraniegas) y fiestas del árbol; el Ayuntamiento contribuyó económicamente a la construcción de grupos escolares. El paro obrero daba quebraderos de cabeza a los concejales de turno, que trataban de aminorarle solicitando directamente a los Ministerios de Madrid la concesión de obras oficiales para la ciudad; para Navidad aliviaban necesi-



**El Alcalde Justo García.**

dades a los trabajadores sin empleo, encomendándoles el arreglo de calles y paseos durante una semana, retribuyéndoles con el correspondiente jornal; en comentarios callejeros se decía jocosamente que cobraban «la semana del águila», por referencia al águila imperial del escudo toledano.

## JUSTO GARCÍA GARCÍA

Popular alcalde lo fue Justo García García, él rompiendo el sempiterno círculo de las profesiones privadas ejercidas por los alcaldes anteriores, que eran abogados, médicos o propietarios. Justo García había sido en su juventud oficial carpintero por cuenta ajena y más tarde titular de taller propio.

Aunque había nacido en la localidad ciudarrealeña de Membrilla, el 16 de enero de 1898, puede considerársele toledano, pues aquí llegó contando sólo mes o mes y medio de edad. Hijo de guardia civil que ingresó en el Cuerpo premiándole su intervención como voluntario liberal en las guerras carlistas.

Justo García asistió a las escuelas de Santa Isabel, siendo niño, teniendo como maestro a don Santiago de la Fuente, ese ejemplar pedagogo bargueño, cuyo nombre ha figurado dando denominación a las escuelas del Cambrón, ahora transformadas en instituto de enseñanzas medias. Aplicado alumno era el que con los años habría de ser alcalde toledano y muy encariñado con la escuela, bien grabada en su memoria, fue gran valedor para que, cuando siendo concejal y enseguida ocupando el primer sillón municipal, se erigiesen en la capital tres grupos escolares.

Antes del Gobierno del general Primo de Rivera, Justo García fue elemento activo, en el ámbito local, de la Federación Nacional de la Dependencia del Servicio Escénico. García García, después de su horario de taller, trabajó en el Teatro Rojas, dirigiendo la tramoya. La Federación era filial de la C.N.T., pero Justo siguió rumbos sindicales distintos pasado el tiempo.

Autorizados los partidos políticos en España, en 1930, ingresó en el Partido Radical capitaneado por Alejandro Lerroux, hombre exaltado en su juventud y con bríos revolucionarios decrecientes en la madurez de su vida. Al republicanismo se adhirieron individuos descontentos con la Dictadura de 1923-30 y como adictos al Partido Radical inicialmente también figuraron intelectuales locales como el médico Isabelo Perezagua, el abogado Esteban Infantes y el inspector de primera enseñanza Pedro Riera, los que dentro de la República y la Guerra Civil —también Justo García— se desembarazaría de su adscripción política. Tuvo sus centros domiciliarios el Partido Radical en la cuesta del Alcázar, Nuncio Viejo y la calle de la Plata. Partido Radical que, en elecciones de 1931, obtuvo en Toledo mayoría por encima de otras agrupaciones republicanas.

Justo García García, en manifestaciones hechas a la revista madrileña «Regio-

nes», en número extraordinario de agosto de 1935, resume su actuación y la de sus correligionarios en el Ayuntamiento de Toledo diciendo que habían puesto su empeño en cuidar y embellecer la ciudad; que durante su gobierno, venciendo la oposición de la Comisión de Monumentos, procedieron a abrir en la muralla dos puertas laterales a la principal de Bisagra, agilizando el tráfico rodado, antes de ello muy dificultado; que habían aportado 70.000 duros al presupuesto de 500.000 pesetas que costaba hacer el nuevo Palacio de Justicia, viéndolo hecho realidad; que debido a sus iniciativas se crearon tres grupos escolares, presupuestados en 90.000 pesetas, a las que el Ayuntamiento contribuyó con la tercera parte; que tenían la preocupación de renovar el alcantarillado, para lo que encargaron la redacción del correspondiente proyecto. Que a todo lo cual tenían que sumar otras aspiraciones más, no realizables por el momento porque, para ello y para los gastos ordinarios, el Ayuntamiento no disponía de otros recursos dinerarios en el año que millón y medio de pesetas.

En la época, los entusiasmos se dirigían a la par a conseguir un mejor abastecimiento de agua a la población, pensando hacer nuevas canalizaciones y traerlo del río Guadarrama, lo que estudió con suma atención el entonces ingeniero jefe de Obras Públicas, Rafael Enríquez. Las buenas intenciones cundieron y hasta se creó la sociedad «Toletum», con fines de fomentar el turismo, el comercio y la industria toledana, extendida a los intereses de la provincia, ideando atractivos y estímulos para consumir productos del territorio. Se fundó por entonces una entidad civil de defensa contra la guerra química, muy temida a la sazón, y se pedía la fabricación de máscaras antigás en la Fábrica Nacional de Armas, destinadas a la protección de los españoles, de aparecer el peligro.

Justo García casó con Pilar Alonso Ramos, hija de un damasquinador, en el año 1921, de cuyo matrimonio nació su único hijo, Justo, como su progenitor, educado en el ejemplar seno familiar, hombre cumplidor, respetuoso y atento con sus semejantes, cualidades éstas que serían suficientes para que a su transmisor, como a tantos otros padres de familia con iguales disposiciones se le reconozca benefactor de la sociedad.

Al alcalde García García se le rindió un homenaje el 23 de abril de 1935, junto al Gobernador y al Presidente de la Diputación de la provincia, con motivo de la imposición a los tres de las insignias de la Orden de la República, en acto celebrado en el teatro Rojas y al que asistieron los ministros de Estado y de Agricultura, el Gobernador Civil y el alcalde de Madrid, señores Rocha, Benayas, Morata y Salazar Alonso, respectivamente.

Justo García mandó organizar el Museo-Archivo municipal en las Casas Consistoriales, que él mismo inauguró, estipulando horas de visita para el público de 10 a 13 y de 15 a 17. Horario que nos resulta hoy inapropiado pero no entonces, con costumbres y reloj acorde con el sol, a que se supeditaba la vida activa española. Durante su tiempo de alcalde fueron relevantes los contactos con la

17 **Mostrador conservado de la antigua Venta de Aires.**

ciudad homónima Toledo del estado americano de Ohio, que aún continúan y que se mantuvieron a través del Comité de Relaciones pertinente.

Después de la guerra civil, Justo García fue presidente del Sindicato del Espectáculo, terminando así sus constantes inquietudes sociales. Falleció el 21 de enero de 1972.

## CASAS DE COMIDAS

Homenajes, huéspedes resonantes y visitantes oficiales como los aludidos cuando antes se hablaba de las relaciones con la capital del estado de Ohio, Toledo, encontraron buenos acondicionamientos gastronómicos en nuevos y renovados restaurantes toledanos, estos últimos remozando anteriores adecuaciones modestas, con el paso de los años presentando prestigiosos negocios de hostelería.

En los años veinte y treinta, figones situados en los aledaños de la plaza de Zocodover ofrecían platos caseros, como el sustancioso «guisado», con pan y vino de la tierra, al precio de seis reales. Esta y similares comidas eran las demandadas por clientes no dispuestos a gastarse más de ese importe; vecinos de pueblos de la provincia que venían a hacer alguna compra o gestión, y chalanes los martes, interesados por el pequeño mercado de ganados de junto al convento de la Concepción, que asimismo formaban parte de los que reponían sus fuerzas en estas casas de comidas. De mayores pretensiones, un restaurante situado en la plaza de Barrio Rey —de Emilio Castelar, según nombre oficial vigente en 1935— anunciaba en ese año un cubierto compuesto por cuatro platos, de entre quince o veinte a elegir, aparte del añadido «entremeses», pan, vino, postre y, además, helado, al precio de cinco pesetas.

Sin grandes salones disponibles para celebrar banquetes, en ocasiones se conseguía autorización para realizarlos en lugares oficiales con mayor desahogo; se cuenta de uno servido en el Museo de Santa Cruz en honor del barítono Marcos Redondo, después de su actuación en una aplaudida zarzuela. El Hotel Castilla fue el requerido por viajeros ilustres y de algún empaque; la casa facilitaba su traslado en ómnibus desde la estación de ferrocarril. Este Hotel organizaba tes-bailes en su magnífico patio plateresco, concurrentes de la más encopetada sociedad toledana.

En los alrededores de la ciudad, tras de murallas, no fueron pocos los establecimientos que sirvieron de descanso y para tomar un refrigerio o sencillo yantar a trajinantes; eran las llamadas «ventas» o también «merenderos».

## CARMEN AIRES GARCÍA-OCHOA

Una de estas ventas es la que sobrevive, con el nombre de «Venta de Aires», enclavada en plena área del circo romano, en el cordel de la Mesta y próxima

al antiguo teso que servía de descansadero de ganados en la Vega Baja. Pastores, arrieros y tratantes de paso para el Matadero municipal y hacia fincas y pueblos en comunicación a través del puente de San Martín, entraban en la Venta a echar un trago, llenar sus botas de vino o a tomar un bocado; pero también los obreros de la Fábrica de Armas se acercaban hasta el mostrador a sosegar o a sentarse en las dispuestas banquetas esperando la comida encargada.

El nombre de Aires tiene su origen en el apellido de quien abrió el negocio, Dionisio Aires. Había llegado a Toledo procedente de su lugar de nacimiento, Cinco Villas, de la provincia de Zaragoza, y aquí le hallamos de militar en la Academia de Infantería, y no tardando el tiempo cambiando de profesión e ingresando en la citada Fábrica de Armas, en las oficinas, con mejor sueldo, consistente en el de cinco pesetas diarias. Conoció a su mujer, Modesta, en cuya casa almorzaba y cenaba, y de ahí que esta atención casera se extendiera a otros compañeros de trabajo, hasta convertirse el hogar en industria regular para todo el público.

Modesta primero y de inmediato Dionisio, se dedicaron plenamente a guisar y servir a una clientela cada vez más en aumento, por lo que acondicionaron la casa de manera que en ella encontraron buena acogida los que aprovechaban para aplacar la sed, o demandar sencillos platos campesinos y gustosas meriendas. Se conserva todavía el típico mostrador de antigua taberna y la anaquelería con recipientes a tono.

Pasados los años sucedió a Dionisio y a Modesta en el negocio su hija Carmen Aires García-Ochoa, nacida en 1896, a quien sus padres proporcionaron exquisita educación, lo que no la alejó de los quehaceres de la venta, cada vez más ennoblecida hasta convertirse en elegante restaurante, ampliada y decorada con primor, ya concurrida por los más conspicuos hombres de la ciudad, de España entera y aun del extranjero.

Si en principio la Venta fue lugar donde reposar después de largas caminatas, tomar unos vasos de vino acompañando a unos peces fritos, o esto mismo en pausa de partida de mus o de truque, en espaciosa terraza empezaron a acudir en tarde de domingo, y algunas entre semana, jóvenes y mayores, señoritos de algún dinero, a jugar al frontón —que tal se levantó en sitio apropiado— y a saborear las apetitosas perdices estofadas o escabechadas, de acreditada fama en este establecimiento. En los primeros tiempos, por una perdiz cobraban dos pesetas, y ello daba derecho a divertirse en el juego de bolos y de la rana, a disposición del comensal.

Doña Carmen Aires contrajo matrimonio con don Antonio Montero, después también al frente de la Venta compartiendo su trabajo con el de funcionario de Telégrafos; el marido procedía de San Fernando (Cádiz) y fijó su residencia en Toledo para ocupar una plaza de maestro de taller en la Fábrica de Armas. No pensaba él entonces que de este centro fabril, con el transcurso de los años, su hijo José, coronel de Ingenieros de Armamento y Construcción, habría de ser director.

El otro hijo del matrimonio, Antonio, al lado de su madre, ya viuda ella, se hizo cargo del restaurante acompañado de su experta esposa, Felisa, matrimonio este último que lo continuaron, siempre en alza, al fallecimiento de doña Carmen, ocurrido el 22 de agosto de 1981.

Larga es la lista de hombres ilustres que se han sentado a la mesa en la Venta de Aires. En su libro de honor figuran las firmas del Rey don Juan Carlos —cuando era príncipe—, de la reina María José de Italia, del presidente Richard Nixon, del general Franco durante la contienda civil, de los ministros Girón, Arrese y Fraga, y de otros muchos, insignes del Arte y de las Letras, que pueden encontrarse en el «Diccionario Enciclopédico de Toledo y su provincia», de Luis Moreno Nieto, en su artículo dedicado a la Venta de Aires.

Pedro Rico, aquel alcalde de Madrid de la República, gordo en extremo y reconocido comilón, con servilleta prendida, en una ocasión pidió, una detrás de otra, un total de cuatro perdices estofadas. Al solicitar una más, alarmado el camarero que le servía pensando que iba a reventar si se la llevaba, consultó con doña Carmen Aires. Ella se acercó entonces al político y, en cariñoso reproche, le negó: Don Pedro, no le damos otra perdiz hoy, porque no quiero perderle de cliente.

Políticos, pero sobre todo viajeros de todos los tiempos inmersos en el mundo intelectual, no se han sustraido a la tentación de visitar y aun de quedarse en Toledo largamente. Con ellos y con igual proceder se han contado muchos artistas.

## TOLEDO, ATRACTIVO DE ARTISTAS

Si a algún nativo artista en ciernes y a sobresalientes alumnos de la Escuela de Artes toledana les atraía Madrid como foco prometedor, por el contrario Toledo lo era para los que querían ambientarse en tantas riquezas artísticas acumuladas, después de haber trotado por paralelos y meridianos más o menos alejados de nosotros.

Un soriano, de Molino de Razón, lindante con la riojana Sierra de Cameros, después de estar en Madrid estudiando en la Escuela de Ingenieros Industriales, se encaminó a París porque allí quiso hacerse pintor, que es lo que le gustaba. Pero en la Ciudad de la Luz le dijeron que si de verdad quería serlo, nada mejor que marchar a Toledo, estudiando al Greco, que era lo que le convenía. Así lo hizo, esto hace aproximadamente ochenta años. Se llamó Pedro Sanz García, buen artista y uno de los primeros profesores de la Escuela de Artes. Lo cuenta su hijo Pedro Sanz Ruano; éste sí llegó a ser ingeniero industrial, prestigioso, y también amante de la pintura, con fino sentido de la estética, intelectual buceando en todas las parcelas de la cultura. Humorísticamente dice que debe su nacimiento al Greco, porque su padre vino a aprender de la obra del cretense y terminó casándose en Toledo con una joven del Colegio de Doncellas, su madre, y aquí formaron su hogar.

**Escuela de Artes y Oficios Artísticos, curso 1935-36. En el centro, Ramón Pulido, Director, y Enrique Vera, Secretario. Alumnos: Arriba, en el centro, Cruz Loaysa, Maruja Jiménez y Pedro Calvo. Segunda fila: Juan Ayllón, Cecilio Béjar y Fernando Dorado. Abajo, Pedro García, Marina Beltrán, Fotina Gómez y (?).**

Aquí se instaló el no suficientemente valorado pintor Matías Moreno, quien de no haberse interesado y no haber realizado con esmero la restauración del «Entierro del Conde de Orgaz», obra antes en deterioro y arrinconada, acaso hoy estuviera desaparecida y disminuída la fama de su autor.

El húngaro Thomas Maloniay hizo copias del Greco; él es el autor de la grandiosa reproducción de la zona baja del «Entierro», colgada en el Hospital de Santa Cruz.

El señuelo toledano hizo venir al cubano Domenech, que se titulaba Cónsul de su país en la ciudad; mostraba melena blanca y estrecho y largo lazo sobre su blanca camisa, intentando llamar más la atención en su condición de artista paisajista.

Más humilde en su forma de conducirse y lleno de méritos en Arte, Ramón Pulido Fernández pintó, enseñó y escribió junto al Theotocópuli extendido por la ciudad, donde al cretense parecía aún vérsele flotando en el aire de los atardeceres.

## RAMÓN PULIDO FERNÁNDEZ

El notable pintor Ramón Pulido Fernández, nacido en Madrid el 3 de julio de 1867 y fallecido en 1936, estuvo muy vinculado a Toledo. En los últimos años de su vida se dedicó intensamente a su labor docente como profesor de Arte y a escribir en nuestra ciudad; fuera de ella mantuvo contactos frecuentes con la misma, por lo que y por sus muchos méritos fue designado miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, a propuesta de los académicos de número Sebastián Aguado, Vicente Cutanda y Angel M.ª Acevedo.

Pintor al que podría situársele como continuador del naturalismo postromántico, si bien hay que agregar que no estuvo amarrado a él servilmente. Realizó grandes composiciones en las que intervienen hechos históricos como los de su cuadro «La matanza de los frailes», inspirado en trágicas revueltas populares habidas en el pasado siglo, o el tema religioso como «Mater Purísima», que mereció tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901, así como su obra «Inmaculada», premiada con segunda medalla en la Nacional de 1906. Exposiciones nacionales en las que posteriormente actuaría como componente del Jurado.

El Museo de Arte Moderno —hoy parte de él en el del siglo XIX, Casón del Buen Retiro— le adquirió dos obras, una la titulada «Pobre padre mío» y la otra la galardonada en 1906. También albergan obras suyas palacios e instituciones como el Hospital de la Cruz Roja de Madrid, establecimientos como el Balneario de La Toja y templos como los madrileños de Ntra. Sra. de los Angeles,

Bautismo de Jesús, San Nicolás de Tolentino y otros más; obras murales unas y enmarcadas otras, de grandes dimensiones.

Sus primeros triunfos los obtuvo en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de la capital de España, con sobresalientes, accésits, diplomas y medallas en la carrera. De su Diputación Provincial consiguió, por oposición, pensión de ampliación de estudios de Pintura en el extranjero para dos años y que le fue prorrogada por otro período igual.

Dentro de los escalafones oficiales enseñó Dibujo, Pintura e Historia del Arte, empezando como ayudante meritorio y auxiliar, en Madrid, y finalmente como profesor de término, categoría con la que acabó en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Toledo y como director de ella. En este discurrir, su asignación de sueldo comienza con el anual de 1.250 pesetas y sube, pero no constantemente porque en algunos años estas remuneraciones experimentan altibajos, que obedecen a los presupuestos del Estado que se aprueban conforme a criterios políticos y a necesidades de la Nación.

Ramón Pulido Fernández fue, además de excelente pintor, autor de numerosos artículos sobre Arte publicados en prensa nacional y de provincias, como los insertos en «El Liberal», «El Globo», «Correspondencia de España», «Gaceta de las Bellas Artes», «Región de Oviedo» y en el diario toledano «El Castellano»; es asimismo autor del enjundioso tomo «La pintura religiosa». Fue el profesor típico de las costumbres de su tiempo, atildado y con formas de cortesía al uso, y sobre todo inflexible en su trabajo y exigente con sus alumnos, no por ello falto de afecto y delicadeza para con los mismos.

## MOVIMIENTO MIGRATORIO

Pieza fundamental en «El Castellano», diario vespertino local, lo fue don Tomás Rodríguez Bolonio, en el que colaboró, como queda dicho, don Ramón Pulido Fernández. Rodríguez Bolonio lo había hecho antes en los de menor duración «El Ideal» y «La Campana Gorda».

A ambos les interesó el acervo pictórico encerrado en la ciudad que eligieron como final del destino de sus vidas. Buscando otros horizontes, Tomás se desprendió de su pueblo natal, Huecas, distante de la capital veinte kilómetros. La división del patrimonio familiar, al proliferar el número de hijos, obliga de por sí a buscar otros rumbos en mayor núcleo urbano, porque en el medio rural son más limitadas las posibilidades para abrirse camino.

El ímpetu juvenil no se contiene si se desea un cambio por el que se espera conocer otras gentes, otros puestos y fuentes donde aprender aquello que se acople a los ideales aflorados en mentes calientes, generosas y anhelantes por hacerse capaces de producir algo importante conforme a lo que se aspira y se ha soñado.

Toledo tiene un Seminario que puede preparar a quienes desean ahondar en una doctrina moral como solución para mejorar el mundo; si no, y para seguir los mismos pasos, otros centros educativos pueden preparar otras salidas consecuentes con los ideales perseguidos. Con más o igual edad, otros también emigran y encajan con mayor o menor fortuna en puestos desarraigantes de los que les dieron en su origen rural.

Por contraste, no faltan los que vuelven de la urbe y los que se afincan en unidades menores de población, constituyendo un patrimonio de características distintas del que cambiaron o a que acumularon con el nuevo. Esto hizo la familia Corcuera, como en páginas más adelante se dirá.

## TOMAS RODRIGUEZ BOLONIO

Fluido y sólido periodista fue don Tomás Rodríguez Bolonio, llegado a la capital de la provincia, aún niño, procedente de Huecas, donde había nacido el 7 de marzo de 1889.

Cursó estudios eclesiásticos en los Seminarios Menor y Conciliar, sin llegar a recibir las órdenes sagradas porque debió estar predestinado para seguir otros derroteros, siempre coherente con la fe, con su conducta moral firme, su ansia de saber, de transmitir lo aprendido, su carácter cordial y un deseo de cumplir a satisfacción en los destinos a que fue llamado.

Al salir del Seminario preparó oposiciones para ingresar en el cuerpo de Telégrafos, que ganó con el número uno de su promoción. En su puesto fue de Jefe de Servicio en la sala de aparatos. No sería pura fantasía atribuir la elección del cuerpo en que trabajó el joven Rodríguez Bolonio, a testimonios y prácticas de comunicación que llamaron su atención cuando con otros muchachos, en vacaciones u horas de asueto, pudo internarse en correrías juveniles por el arroyo de la Rosa descubriendo por las alturas de la izquierda la torrecilla de piedra conocida por «la atalaya», que no era otra cosa que el lugar dominante donde un vigía, en tiempos, se relacionaba con otro, distante, con señales ópticas, por lo que venía a ser un primitivo sistema de comunicaciones; asimismo, siguiendo el curso hacia arriba del arroyo, podría haberse acercado con otros amigos al Campamento de los Alijares, donde los cadetes de Infantería frecuentemente hacían prácticas de transmisión con banderolas, traduciendo el punto y raya del Morse.

Tomás también hizo sus estudios de bachillerato en Toledo que, con los realizados como seminarista, le dispuso para progresar en el conocimiento de lenguas como el francés y el latín, que a su vez enseñaría, en su madurez, en la década de los años veinte, en el Colegio de María Cristina de huérfanos militares.

Cultivó el arte literario, empezando con colaboraciones periodísticas y termi-

nando dentro de este género como asiduo redactor y consumada figura de gran altura en la prensa, alternando como autor de obras mayores, de entre las que se encuentran algunos libros y de éstos muchos cuentos, apasionantes, como los encontraban los numerosos lectores que siempre le siguieron. Del último género pueden contarse, entre otros, «Bill-al-Mardón», «A punta de saeta», «Frente al enemigo», «Por salvar a un hombre», «Cómo murió Muhan-Ben-Alí», «Ashav Erus, bohemio y pintor», «Un poeta en la ciudad celeste» y «El pintor y su amada».

Como periodista frecuentó con su firma los periódicos locales «El Ideal» y «La Campana Gorda» pero, sobre todo, «El Castellano». De la prensa toledana saltarían a la nacional, a la elaborada en Madrid, importantes articulistas toledanos y entre ellos Rodríguez Bolonio, que figuró en «El Debate», diario dirigido por Herrera Oria, el que después sería cardenal. Fuera de España, a Rodríguez Bolonio le requirieron sus escritos las destacadas y difundidas revistas argentinas «Caras y Caretas» y «El Semanario», y la chilena publicación «Chic».

Por ser muy conocedor de los problemas de Toledo y su provincia, primero fue elegido vicepresidente de la Diputación, en cuyo cargo permaneció cinco años, para a continuación pasar a ocupar la presidencia, que ostentó por espacio de doce años, hasta su fallecimiento, ocurrido el 16 de marzo de 1961.

De las mejores y nuevas creaciones que se hicieron bajo su mano directora habría que citar el Servicio de Extensión Cultural, comprendiendo la labor itinerante impartiendo cursillos de adiestramiento agropecuario, industrial, de oficios, sanitario y de hogar para la mujer; estableció el servicio de bibliobuses y un colegio para sordomudos. De mayor trascendencia, si cabe, fue la fundación de la Caja de Ahorro Provincial, a lo largo de cuya trayectoria ésta ayudaría a la labor de desarrollo de la provincia, procurando que el ahorro redundara en beneficio del territorio, a la vez que fue creando obras sociales y culturales, bien sentidas por toledanos de la capital y pueblos.

Erudito y amante del arte, muchas veces le cupo el encargo de mostrar la ciudad monumental a muy ilustres y versados visitantes de fuera y dentro de España, porque como pocos podía enseñar documentadamente cuantas riquezas y testimonios encierran monumentos, historia y obras artísticas comprendidas. En una ocasión pudo observarse cómo don Tomás se abstraía, disfrutando, explicando la trayectoria del Greco y de su labor artística a ciertas personalidades extranjeras, huéspedes de la ciudad, ante los cuadros colgados en el museo; en plena lección fue interrumpido apremiantemente por un amigo suyo, autoridad como él, porque la hora anunciada para la comida que a todos les esperaba había sido rebasada con creces. La demora era causada por las recreadas y pormenorizadas descripciones de Rodríguez Bolonio, escuchadas, por cierto, con gran complacencia por los visitantes, olvidados de los manjares a consumir. Su amenidad quitaba el hambre, y aquel día el prestigio de un cocinero, desesperado porque los asados habían perdido su punto.

Conferenciante también, hasta Roma llevó el arte de Toledo, con buena oratoria y dotes persuasivas, retentivos de la atención jamás decaída en el auditorio. Gustaba de la tertulia con amigos, no excluyente de por oficio, y frecuentada principalmente por compañeros de profesión, escritores y artistas.

Habituales fueron sus columnas en el diario «El Castellano», de más de una treintena de años de duración, hasta julio de 1936, impreso en la Editorial Católica Toledana, radicada en la calle de Juan Labrador, vendido su ejemplar al precio de diez céntimos y de quince en los últimos meses de su confección, precio igual que el de cualquier otro diario. Siguió escribiendo en el periódico que le reemplazó de inmediato, «El Alcázar». «El Castellano gráfico», revista complementaria del diario homónimo, recogió igualmente muchos trabajos de don Tomás Rodríguez Bolonio.

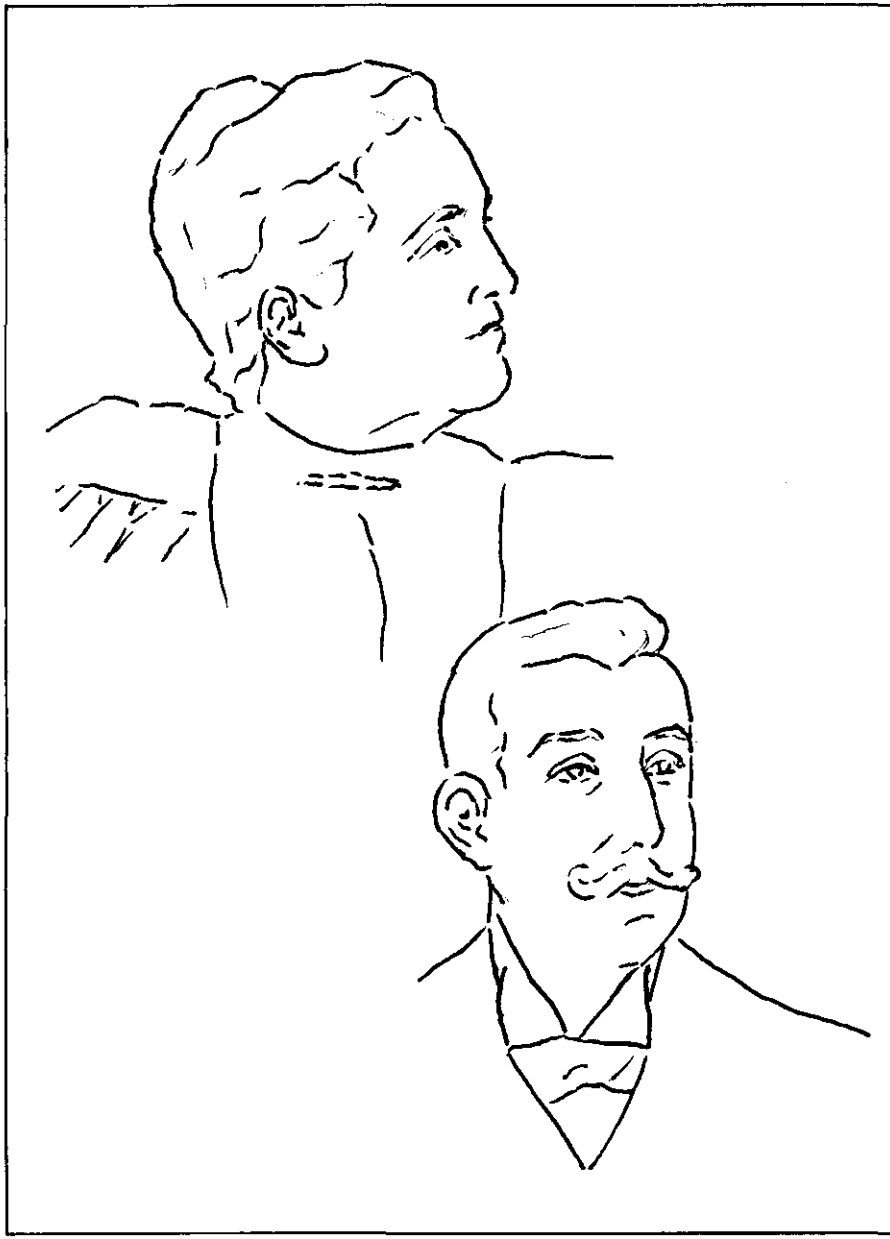
De entre los logros que obtuvo la provincia siendo presidente de la Diputación, pueden enumerarse los de la instalación del teléfono en el medio rural, beneficiándose más de sesenta pueblos, merced a las subvenciones concedidas para este fin por el Organismo que él presidió.

## MUJER EMPRESARIA EN NEGOCIO NUEVO

El primer precedente de todo lo que ha venido a ser la comunicación telefónica en Toledo y provincia se debe, sorprendentemente, a una mujer, y ella fue la toledana Isabel González-Alegre Fanjul, joven empresaria pionera en años en que el intento de preparar al sexo femenino para el mundo laboral se estrellaba con barreras insalvables.

Tardío fue el acceso a la segunda enseñanza de las mujeres; más difícil a la Universidad. Prejuicios seculares lo impedían. El ingreso en Magisterio para formación de maestras fue la excepción. Los profesores de Instituto tardaron en hallar normal la matriculación de muchachas en sus centros. En los años treinta se opera un cambio no esperado antes, porque aparece una abultada incorporación de las jóvenes al Bachillerato.

Anterior a esta irrupción de la mujer en la cultura académica, un tono de distinción las daba aprender solfeo y piano, y el conocimiento de la lengua francesa como preponderante en la Diplomacia, y necesaria como adorno en relaciones sociales entre familias que se consideraban destacadas. Pero contra estas costumbres tan convencionales, algunas jóvenes rompieron y consiguieron auparse hasta hacerse profesoras, médicos y ganar oposiciones en la Administración. Las de la última opción citada se pusieron a competir con jóvenes varones, aprendiendo previamente los temas especiales exigidos para el cuerpo en que querían ingresar, y mecanografía y taquigrafía; también perfecta ortografía y análisis gramatical, que les enseñaba el popular Tratado de Miranda Podadera.



**El matrimonio González-Alegre—Corcuera.**

Una mujer empresaria era inconcebible a finales de siglo. Sin embargo, dentro de estos menesteres y en dicha época, apareció Isabel González Alegre para embarcarse nada menos que en un negocio en el que ninguna otra persona se hubiera atrevido sin los consiguientes titubeos y un tejer y destejer de decisiones. El negocio fue el de instalar una red local telefónica, cuando este medio de comunicación se estaba introduciendo en España con mucha cautela empresarial, por los imprevisibles resultados económicos que ofrecía.

## ISABEL GONZÁLEZ-ALEGRE FANJUL

Doña Isabel González-Alegre Fanjul nació en Toledo el 4 de julio de 1867; su fallecimiento ocurrió el 13 de enero de 1937.

Contaba pues, al morir, setenta años. Dada su vitalidad habría alcanzado mayor edad si un hecho acaecido no la hubiera abocado a una inesperada merma de salud. Ya viuda, tuvo la gran pena de conocer la muerte de dos hijos, a comienzos de la guerra de 1936. Ella, desolada y maltrecha, no pudo soportar la tragedia y por su causa falleció, inopinadamente, en Aranjuez, en pleno tránsito desde Madrid a Valencia.

Isabel era hija de Rodrigo y de Mamerta, naturales de Oviedo, que al poco de casarse se trasladaron a Toledo para montar él una casa de banca, así llamadas algunas entidades de crédito autorizadas a la sazón. Padre emprendedor, al que después debería su hija esta condición; doctor en Derecho, diputado a Cortes y alcalde de Toledo con el tiempo. Con su hermano Ambrosio, Rodrigo sería uno de los impulsores de las instancias para que el ferrocarril llegara a la ciudad en que ambos se habían avecindado.

La línea del ferrocarril que enlaza Castellejo con Toledo se inauguró en 1858, como empalme con la de Madrid a Almansa hasta entonces, y que llegaría posteriormente a Alicante; pasado medio siglo, a este medio de transporte se sumaría otro adelante, cual fue la introducción del teléfono, en principio limitado al ámbito local. Sería un elemento más de progreso para el desarrollo de una ciudad sumida, como otras muchas, con comunicaciones efectuadas a través de carruajes de tracción animal y el que proporcionaba el restringido servicio telegráfico.

Isabel González-Alegre fue la inteligente mujer que, alejándose de las habituales ocupaciones femeninas de su clase en el hogar, se aprestó incontinentemente a la lectura de libros. Afición en mujeres no muy bien vista en el siglo decimonónico, salvo la dedicada a textos piadosos y pocos más, tales como los que aleccionaban en materia de urbanidad y preparatoria para ser buena ama de casa, siendo recomendable regalar a una joven con aspiraciones al matrimonio «La perfecta casada», de fray Luis de León. Isabel hablaba correctamente

el francés, bien aprendido de una *nurse* que tuvo, originaria del país galo. De París recibía revistas, que la ilustraban y ponían al día de todo aquello que iba por delante de la cultura media de la sociedad española. Hasta en la moda adoptó todo lo que era primicia en su tierra; se anticipó a sus contemporáneas en el corte de pelo a lo *garçon*, despertando por ello la curiosidad de cuantas señoras y señoritas la observaban y que no tardaron en imitarla. Sus padres procuraron que superase la educación al uso en hijas de familia de su entorno.

Se casó con un hombre abierto, como ella, a todo cuanto significaba inquietud por mejorar medios y normas de vida. Su consorte fue juez, y aficionado a la música y a la pintura, que practicó con genio y facilidad. Isabel se hizo titular del negocio de telefonía ya casada, pero con capital de sus padres y de ellos la casa donde instaló el centro, que era la que habitaban, situada en la calle de la Plata, la que actualmente ocupa la oficina principal de Correos. Como para montar un negocio, por ser mujer tuvo que formalizar documento de autorización marital, de acuerdo con las leyes, a la salida del despacho del notario que dio fe de la declaración, el matrimonio lo festejó yendo a hacerse una cuidada fotografía que recordase el acontecimiento.

Después de denodados esfuerzos por conseguir algunos abonados comprometidos con el servicio telefónico que se proponía poner en marcha, no sin antes obtener de los órganos gubernativos los preceptivos permisos, dispuso el tendido de las líneas correspondientes de comunicación; con sus aparatos receptores, de producción y enlace por sistema de clavijas. La inauguración del servicio en Toledo se verificó el 18 de diciembre de 1890; uno de los primeros abonados que tuvo Isabel fue el Ayuntamiento, que resolvió abonarse tras larga deliberación en sesión celebrada por la Corporación. Un locutorio público se instaló frente a la estación de ferrocarril, reducido de espacio, con paredes de tablas, próximo a la fuente conocida por Cabrahigos.

Isabel González-Alegre y su marido, Rafael de Corcuera y Argüelles, dejaron una descendencia bien encaminada, culta, generosa e imbuida de espíritu dinámico, entusiasta y dotada de rasgos continuadamente emprendedores. Descendientes con estas cualidades, queda hoy, muy relacionada con Toledo capital, su nieta Ana María de Corcuera Hernando, con residencia habitual en Polán, donde dirige su propiedad agrícola con inteligencia, y en su casa, cuidada y restaurada por ella manteniendo exquisito sabor rural señorial; comparte esas ocupaciones con estudios de Historia, especializada en Genealogía, Heráldica y Etnología; es la investigadora espléndida que ayuda y facilita a cuantos se lo requieren la información de su muy amplio almacén intelectual.

Isabel González-Alegre había entrado en un movimiento acelerado de progreso, coincidente con el que en arte y literatura se llamó «modernista», en el que se confiaba entusiásticamente en la técnica, pero también en las ciencias sociales, en el mejoramiento de la llamada clase trabajadora.

## ASISTENCIA SANITARIA

En 1944 se implantó en España la asistencia sanitaria del trabajador por cuenta ajena, dentro del Seguro Obligatorio de Enfermedad, encuadrado en el sistema entonces llamado de la Previsión Social. Aún no estaban estructurados los programas obedientes a las doctrinas en embrión de lo que sería la Seguridad Social, alargados más tarde a un campo de aplicación mayor en cuanto a población protegida y a prestaciones a conceder.

Hasta septiembre de ese año de 1944, la sociedad española tenía tres soluciones para remediar la posible enfermedad de sus individuos: La asistencia de carácter particular, atendida en consultas privadas, mediante pago directo por acto médico, esto soportado por personas con recursos económicos con algún desahogo; la de Beneficencia pública, para los que estaban en situación económica menesterosa, y la de adheridos a sociedades de socorros mutuos, con ingresos estables. Sólo el riesgo de accidentes de trabajo tenía la cobertura por Seguro obligatorio.

Las sociedades de socorros mutuos en Toledo amparaban el derecho a médico, practicante y a un socorro de 2,50 pesetas por jornada perdida en el trabajo en razón de enfermedad del asociado afectado, pero este socorro se otorgaba sólo por unos pocos días, siempre supeditado a los fondos de la entidad. Las especialidades médicas eran pocas, por lo que los facultativos en ejercicio actuaban dentro de la mayor amplitud de la Medicina entonces conocida. El afiliado a la sociedad de socorros mutuos pagaba la cuota mensual de dos pesetas, que le daba derecho a recibir asistencia así como también para su mujer e hijos en edad no laboral. El pago de los medicamentos lo asumía en su totalidad el asociado. Como centros asistenciales oficiales, en Toledo existía la Casa de Socorro, mantenida por el Municipio para atenciones de urgencia y como consultorio de Beneficencia local; el Hospital provincial, sostenido por la Diputación, éste emplazado en la calle de Esteban Illán y posteriormente en las inmediaciones del castillo de San Servando, donde continúa.

## EMILIO GONZÁLEZ ORÚE

Don Emilio González Orúe viene a representarnos el típico médico de los que en Toledo diagnosticaron toda clase de dolencias y trastornos de los pacientes.

Había nacido en Villarta de los Montes (Córdoba) el 14 de septiembre de 1870 y murió donde ejerció prácticamente toda su vida profesional, el 5 de julio de 1944. El lugar de nacimiento lo debe a que en él su padre fue jefe de la estación de ferrocarril; su radicación en Toledo, a que aquí vino a cumplir su servicio militar, ya como médico, en el Colegio de Huérfanos de Infantería. Dos adscripcio-

nes desaparecidas: La estación de Villarta, perteneciente a la Compañía de Ferrocarriles Andaluces, compañía que con los años se integraría en la Red Nacional de Ferrocarriles Españoles (RENFE), y el Colegio de Huérfanos de Infantería, incendiado en 1936, trasladado a otro lugar de España.

González Orúe inició sus estudios de Bachillerato en Sanlúcar de Barrameda e hizo la carrera de Medicina en Valladolid. Los cambios de residencia se producen frecuentemente, como sabemos, en familias obligadas a hacerlo por razón de trabajo, sobre todo si éste corresponde a entidades públicas.

Don Emilio obtuvo su primera plaza de médico civil en la pequeña localidad de Casasbuenas, de la que marchó a la capital para formar parte del cuadro facultativo de la Beneficencia provincial, obteniendo plaza por oposición, también otra ganada por el doctor Piga, muy conocido éste. Teniendo por compañeros y amigos de igual profesión a Emilio Alba y a Emilio Blanco, prestó también sus servicios en la Fábrica de Armas.

Se repite el nombre de Emilio, estas veces en femenino: Lo habría de llevar su hija y, nacida de ésta, una nieta. Otro hijo de González Orúe es el prestigioso cirujano Antonio González Ampudia, operador que, heredando de su padre la abnegación y el sentido del deber, jamás rehusó atender a ningún enfermo, en muchos casos en estado de deshaucio y eludidos por otros profesionales. La hermana de Antonio, Emilia, fue esposa del famoso capitán asesinado en la Venta del Hoyo cuando, en misión arriesgada —no importa enjuiciar las obligaciones a que sirviera— quiso enlazar con fuerzas militares en territorios abulenses, a fin de llevarles informes de los asediados en el Alcázar toledano, en situación degradada y con riesgo de perecer. De la esposa de don Emilio, de nombre Elesbaana, decía él que se había enamorado de sus ojos; y no sólo de sus ojos podría pensarse, a juzgar por la veneración que sintió siempre por ella.

González Orúe cabalgaba a diario recorriendo empinadas y empedradas calles de la capital para visitar a los enfermos en sus domicilios, dejando atado el caballo tranquilamente en la reja de la ventana más cercana. Así lo hacía otro colega suyo, don Cándido Cabello. Señores muy respetados, a los que se atribuía poder poco más o menos mágico; y es que curaban con la confianza que imprimían añadida a la experiencia y penetración poseída que llamamos ojo clínico, y al trato afable y alentador que dispensaban.

Con no muchos medios contaban en su labor diaria. Prescribían fundamentalmente fórmulas magistrales, dando bastante quehacer a los boticarios. Apenas si había lugar a que éstos despachasen productos elaborados y envasados procedentes de laboratorios industriales. A pesar de ello no faltaban anuncios de elixires fabricados en estos últimos, como el recomendado para combatir anemias, clorosis, raquitismo, trastornos menstruales, pérdida del apetito, debilidad nerviosa y también como ayuda para convalecientes; se anunciaban igualmente los estomacales y aquéllos de los que se aseguraba que proporcionaban el vigor

de atleta. Pero en el no despreciable espectro medicinal, tampoco faltaba el jarabe aliviador de catarros y el vino recuperador que complementaba al imprescindible caldo de gallina; no estaban ausentes de los remedios en uso las cataplasmas de malvavisco para aplicar a pechos congestionados, ni tampoco la sal de higuera, el aceite de ricino y el agua de Carabaña, que aliviaban indigestiones, oclusiones y estreñimientos. Los incondicionales de los productos naturales podían leer los reclamos insertos en los periódicos ofreciendo «Las veinte curas del abate Hamón, la salud por las plantas, de venta en farmacias».

Muchos fueron los casos en que don Emilio no reparó en visitar a gitanos enfermos, habitando chamizos y yaciendo en camastros infectos, que evitaban otros galenos. Él no sólo sacudía escrúpulos sino que, además de no cobrar estas consultas, costeaba los medicamentos recetados a éstos y a otros indigentes atendidos. Después se marchaba a casa a someterse a labor de limpieza por los parásitos que habían invadido su cuerpo y ropas.

Profundamente religioso, como premio a ello, las órdenes correspondientes y por concesión especial, puesto que no se podía pertenecer a dos, le admitieron a la vez como terciario franciscano y carmelita (en versión laica). Con peligro de su propia vida y de su familia, admitió y escondió en su casa a ocho frailes de la última orden mencionada, huídos del convento próximo a su domicilio, cuando exacerbados grupos descontrolados fueron sus perseguidores, al empezar nuestra última guerra civil. Igualmente abrió sus puertas a milicianos, de signo contrario, ofreciéndoles cobijo y mesa, delante de los cuales tuvo el valor, siguiendo su costumbre, de orar y bendecir al disponerse a comer con todos ellos; el gesto no promovió reacción irritada porque la santidad del anfitrión siempre infundía respeto y simpatía.

Se dice bien al adjudicarle santidad porque su proverbial disposición le proporcionó una visión celestial poco antes de morir; lo afirmaba él y hasta se cuenta que pidió brindar con champán estando en trance de muerte, en su convicción de ganar inmediatamente la gloria eterna.

## CAMINAR DEL SEMINARISTA

«Latino» en el Seminario Menor de San José y «filósofo» y «teólogo» en el Conciliar de San Ildefonso, fue seminarista en Toledo don Anastasio Granados Gacía. Usaban aquellos calificativos los propios seminaristas como indicadores de las etapas de la carrera eclesiástica. Transcurrieron los estudios de don Anastasio en los años veinte e iniciales de los treinta, hasta superar la duración de doce cursos, a los que añadió los pasados en el Colegio Español de Roma, al que se le envió para ampliarlos, elegido como alumno sobresaliente en la carrera ordinaria.

Las tardes de jueves y domingos, dedicados al paseo, marchaba en largas filas de seminaristas por el itinerario que empezaba en la plaza de San Andrés hasta bajar a la puerta de Bisagra, y de ahí seguía a la tranquila carretera de Avila, o diversamente a la no más transitada de Mocejón para arribar a la Casa de Campo, finca ésta de descanso propiedad del Arzobispado. Jóvenes internos e incluso los más pequeños aspirantes a cura vestían larga sotana en todo momento y se cubrían con negro sombrero de teja en la calle.

Para asistir a las grandes funciones religiosas en la Catedral llevaban bajo el brazo rizadas sobrepellices con las que se enfundaban dentro del templo. Los «teólogos», en las mañanas de domingo hacían sus prácticas pastorales durante las convocatorias catequísticas en la próxima iglesia filial de San Justo, San Andrés, a la que acudían muchos chicos de diferentes barrios, presurosos porque antes de la misa y de las lecciones de Religión iban a jugar, ardorosos, al fútbol en la cercana plaza, mezclados con los «curitas», en partido de cincuenta contra cincuenta. A los seminaristas los llamaban afectivamente «curitas» los niños que recibían su instrucción y sus obsequios, consistentes éstos en algunos frutos secos sacrificados de sus no abundantes postres de la semana anterior. Don Anastasio dirigía, en la misa previa a la catequesis, el grupo coral constituido por unos cuantos seleccionados muchachos de entre los asistentes, prestos ellos a entonar cantos litúrgicos entre preces y elevaciones del sacerdote celebrante.

Gobernaba la diócesis el cardenal Segura; más tarde el cardenal Gomá, el que encomendaría su secretaría particular a Granados García, una vez que éste fuera consagrado sacerdote.

## EL OBISPO DON ANASTASIO GRANADOS

Prelados muy ilustres ha tenido Toledo a través de toda su historia eclesial, por lo que destacar en esta ocasión a uno parecería inadecuado, habida cuenta, además, que existe una extensa bibliografía sobre ellos. Sin embargo no sobrará en cualquier momento resaltar al fallecido en 13 de febrero de 1978 Obispo don Anastasio Granados García, aunque no sea más que por dos obras debidas a él, de por sí notables para no olvidarle.

Una de estas obras es la biografía titulada «El Cardenal Gomá, Primado de España». Se trata de un libro extenso, muy cuidado y documentado, en cuyas sobrecubiertas la empresa editorial dice que «el biógrafo insigne omite la crítica y el enjuiciamiento de la múltiple y responsable actuación del preclaro cardenal». Al cardenal Gomá le tocó vivir y actuar en una época en que, siendo él cabeza de la Iglesia Católica española, tuvo que sortear difíciles escollos de años muy turbulentos en España, sobre todo los de la guerra civil. Es una biografía muy útil para historiadores y otros lectores que se debe, como se indica, al doctor Granados García.

**El Obispo Granados García.**

Otra labor importantísima de don Anastasio fue la de reunir la extraordinaria riqueza artística esparcida por templos de la provincia de Palencia, en un muy interesante Museo Diocesano. Su atención hacia el arte hizo asegurar, de este modo, la conservación de inestimables tesoros y evitar los peligros de deterioro y desaparición; mereció por ello que se le concediera la Medalla al mérito de Bellas Artes.

El arzobispo de Toledo, cardenal don Marcelo González, en homilía pronunciada en nuestra catedral, en solemne funeral de 20 de febrero de 1978, resumió la figura del Obispo fallecido con estas expresivas frases. «Fue una vida ejemplar la suya. Bondadoso por naturaleza, discreto por oficio, sencillo de carácter, manso y humilde de corazón, culto, piadoso...».

Don Anastasio Granados se preocupó constantemente por todas las gentes, especialmente por los ancianos, para los que en la capital palentina, con gran esfuerzo, remontando obstáculos casi insuperables, arriesgándose con créditos a reponer y persuadiendo a particulares para que hicieran donaciones, inició y siguió trabajos necesarios para la creación de la Residencia de San Bernabé, que no pudo ver inaugurada porque murió poco antes. La capacidad de acogimiento de esta residencia es de cuatrocientas personas. Las residencias para ancianos en nuestra área nacional eran entonces más escasas.

Como se deduce de lo expuesto, ocupó la silla episcopal de Palencia; antes fue Obispo auxiliar del cardenal Pla y Deniel en Toledo, quien le consagró como tal Pastor el 5 de junio de 1960. Desde la muerte del purpurado, don Anastasio fue el administrador apostólico de la diócesis hasta la llegada del nuevo Arzobispo, don Vicente Tarancón, en que cesó y marchó a Palencia. El traslado, muy sentido en la Ciudad Imperial, lo anunció él por primera vez en el monasterio de San Juan de los Reyes, en la presentación del monumental cuadro que se colgó en lo alto del testero de esta iglesia, con Cisneros como personaje principal representado, realizado por el pintor Romero Carrión, a quien tanto debe el arte, arte al que en sus diferentes facetas don Anastasio Granados fue muy aficionado.

Por la música sintió gran inclinación. Siendo joven estuvo en contacto con el compositor maestro Rubalcaba, en Talavera de la Reina, ciudad en la que el futuro Obispo vivió de continuo con su familia hasta su ingreso en el Seminario de Toledo, donde fue condiscípulo del luego profesor, poeta e investigador Clemente Palencia. Pudo realizar estudios gracias a la protección de una hija de la benemérita talaverana Joaquina Santander, renunciando a una beca con menor dotación ganada anteriormente en reñidas oposiciones.

Su padre, de profesión herrero, había optado por cambiar su domicilio con toda su familia a Talavera de la Reina —y antes a Santa Ana de Pusa— para encontrar mejor acomodo, desde Espinoso del Rey, pueblo éste donde don Anastasio Granados había nacido el 7 de septiembre de 1909.

Sus abnegadas hermana María y prima Inés convivieron con él durante la

mayor parte del tiempo de su ministerio religioso. La labor callada de asistencia y cariño de mujeres ayudan insospechadamente a que el hombre lleve a cabo altos designios.

## OBREROS O TRABAJADORES

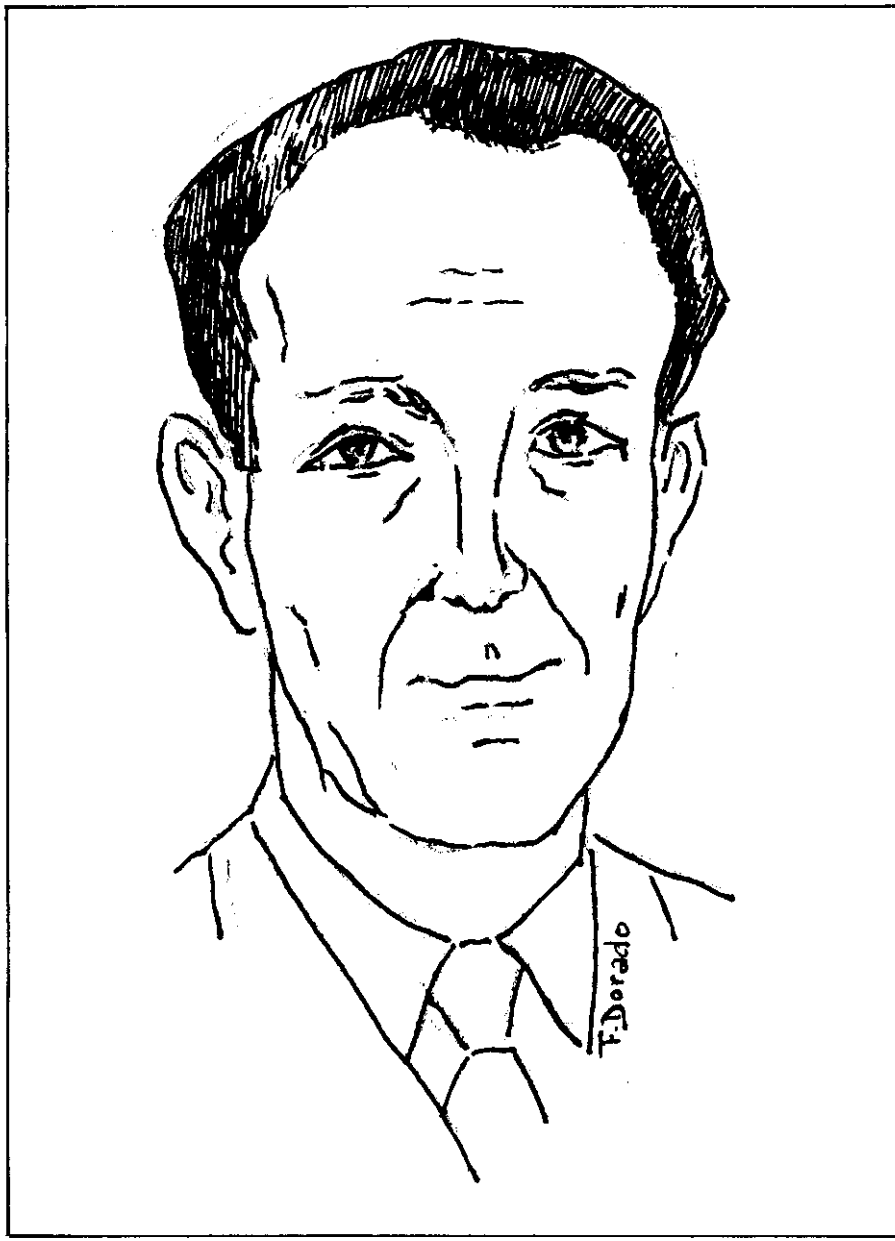
Tuvo vecindad muy próxima a don Anastasio Granados, siendo éste canónigo, en aledaños a la plaza de San Justo, otra bondadosa persona, que lo fue Manuel Guerrero de la Cruz: Un trabajador ejemplar.

El sustantivo «trabajador» ahora se aplica a casi la totalidad de los individuos que ejercen cualquier actividad lucrativa. Unas décadas antes se adjudicaba preferentemente a todo aquél que realizaba algún oficio manual y al servicio de algún patrono o empresa. La designación lingüística ha tenido su proceso; empezando por la de «obrero», muy usual hasta nuestra guerra, con posterioridad se transformó en la de «productor», mezclando a jornaleros, empleados y autónomos en conjunción lexicográfica dada por el sindicalismo vertical, cuando éste estuvo instituido; pasado éste, se puso de moda la de «trabajador».

Antes de 1936 Toledo seguía los mismos pasos que la totalidad del país en cuanto a movimientos sindicales. Autorizadas sus organizaciones, después de suspendidas por el gobierno del general Primo de Rivera, afloraron sindicatos llenos de entusiasmos revolucionarios reunidos en la Casa del Pueblo, que tuvo su sede en la calle de Núñez de Arce. Los trabajadores del metal se agrupaban en asocaciación bajo el nombre de «El Buen Deseo»; los albañiles figuraban con el de «La Progresiva», y otros, como los agricultores (de este modo conocidos y no como trabajadores agrícolas), con otras denominaciones también muy peregrinas. Con domicilio diferente, en la calle de los Bécquer se encontraba el Sindicato Católico. La Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.), muy pujante en Barcelona, Zaragoza y Sevilla, no tuvo gran significación en Toledo.

Los sindicatos reunidos, al menos por domicilio, en la calle de Núñez de Arce, terminaron por separarse. Con mayor potencia, siguieron en la misma casa los que se agruparon bajo el conglomerado de «Unión Local de Sindicatos, con afinidad al partido comunista. El resto se marchó a «la casa de la Paula», inmueble de la calle del Instituto cuya portera tenía ese nombre; estos sectores sindicales desplazados pertenecían a la U.G.T.

Un luchador del movimiento ugetista toledano fue Manuel Guerrero de la Cruz, hombre que vivió siempre de su trabajo de ebanista, bien intencionado y honrado a carta cabal.




**Manuel Guerrero.**

## MANUEL GUERRERO DE LA CRUZ

Manuel Guerrero de la Cruz había nacido, toledano, el 28 de julio de 1900.

Desde muchacho hasta que se jubiló no dejó la gubia, el formón, la máquina de serrar o el lápiz diseñador del mueble a fabricar. Como tantos otros chicos de sus años, dejó la escuela sin terminar la primera enseñanza, ingresando prematuramente en el mundo del trabajo para proporcionar a su familia un jornal necesario.

Mayor instrucción habría de conseguirla con el discurrir del tiempo, con su inteligencia despierta y firme voluntad, captando todo cuanto podía ilustrarle. De gran cordialidad, se granjeó el afecto de quienes le conocieron y que fueron muchos debido a su carácter abierto. Líder sindical, lo que le hubiera situado en posición de cautela desde la clase patronal, por el contrario gozó también del afecto de ella, puesto que su actitud fue equilibrada y conciliadora, sin dejar de defender los derechos de sus compañeros. Gran mérito fue el suyo al contribuir a quitar hierro a los conflictos sociales que se suscitaron en épocas sumamente enardecidas. Difícil fue también para él el tiempo en que le tocó representar a agremiados de su misma parcela laboral, cuando los medios de expresión estuvieron más contenidos, y que Guerrero salvó sin disgustar a patronos ni a operarios.

Nada extensa la industria del mueble con anterioridad al desarrollo económico mundial y por supuesto al español, si lo comparamos con la que hubo después, Manuel Guerrero trabajó en las dos más importantes empresas locales entre las del ramo de la madera, que tuvieron alguna entidad. Fácilmente se abrió camino como considerado ebanista, hasta alcanzar la mayor categoría profesional, que era la de encargado de talleres. Siendo ya un consumado especialista, y sin dejar sus tareas de fábrica, le encomendaron el puesto de maestro de carpintería en escuela profesional nocturna patrocinada por la Parroquia de Santiago, de Toledo; a su dirección de prácticas unió la de teórico, empezando por recorrer con sus dicípulos parques en que podían hallar variedades arbóreas y conocer las características de las maderas empleadas en la industria del mueble.

Siempre activo, Guerrero de la Cruz no desatendió su empeño sindical. Después de la guerra civil no desmereció su anterior afiliación ugetista para ser bien recibido en los nuevos sindicatos imperantes, de otras directrices, en los que actuó en todo momento coherentemente defendiendo los intereses del trabajador. Por su valía y espíritu ponderado le dieron cargos importantes, no retribuidos, como fueron los de vocal provincial del Instituto Nacional de Previsión, presidente de la Junta Provincial del Montepío Laboral de la Madera y consejero del mismo en Madrid, presidente de la Sección Social Provincial de la Madera en Toledo y vocal de la Junta Económico-Administrativa de la Central Nacional Sindical (C.N.S.).

Halló en su vida momentos amargos, a que le condujo su antigua actuación sindicalista. Con sus antecedentes de líder de la U.G.T., en el primero y segundo

año de la postguerra, en ambiente aún tenso, sufrió unos días de prisión, aunque únicamente con duración de unas horas en cada uno de ellos. Curiosas fueron las circunstancias y motivos. Ocurrió a propósito de las sendas visitas a Toledo del entonces prepotente Himmler, jefe de la Gestapo, y del conde Ciano, ministro del Estado italiano y yerno de Mussolini; posiblemente por exigencias de sus respectivas representaciones diplomáticas, las autoridades gubernativas españolas extremaron las medidas de seguridad en favor de los huéspedes, encerrando a toledanos sospechosos de sentir animosidad supuestamente peligrosa hacia el alemán e italiano.

De Manuel Guerrero se dice que, siendo concejal por los años sesenta, en numerosas ocasiones era requerido por particulares con propósitos de obtener favores. Una vez un vecino de la ciudad, de relieve social, le pidió que consiguiera la anulación de una multa puesta a un hermano por haber aparcado su coche en sitio prohibido. El concejal, sin defraudar al recomendante pero tampoco conculcando las ordenanzas municipales, pagó de su bolsillo la multa impuesta. Revela el gesto la disposición bonachona que le caracterizaba y a la vez la rectitud en el cumplimiento de su cargo sin desdoro.

Guerrero de la Cruz fue distinguido como trabajador nacional ejemplar, con nombramiento y diploma oficial entregado en Madrid en acto solemnísimo.

No descuidó sus atenciones hacia el propio hogar a pesar de sus múltiples dedicaciones fuera de él, habiendo dado muestras constantes de ejemplar esposo y padre de sus dos hijos.

Manuel Guerrero, ya retirado de su vida laboral y hasta la fecha de su muerte, fue impulsor y presidente de la Asociación de Veteranos y Accidentados del Trabajo (A.S.V.A.T.), dejando bien grabados sus desvelos por ella, actuación hoy seguida por pensionistas reunidos en animados y solidarios contactos, estudiando sus aspiraciones y participando en manifestaciones recreativas.

El espíritu asociativo ha animado siempre a los hombres, pero para que los grupos llegaran a organizarse han sido necesarios aquellos que, dotados del entusiasmo y energía precisos, arrastrasen a los demás para la consecución de los fines propuestos. Guerrero fue uno de los elegidos dentro de su ámbito y de su época; como lo fue otro toledano benemérito, Jenaro Ruiz, polifacético, emprendedor y alma directora de obras provechosas y festivas. De ellas habría que empezar por señalar las acometidas por la «Peña Villalta», sociedad fundada por él.

## TESONERIA, EFICACIA

La «Peña Villalta» fue la sociedad benefactora que reunió, sí, a apasionados de la torería y que celebró sus festivales por la afición de los asociados, pero también tuvo fines benéficos y para éstos recaudó dinero en sus celebradas fiestas.

Una de estas fiestas tuvo lugar en la plaza de toros de Toledo, el 14 de mayo de 1933, desarrollándose un bello y variado espectáculo. Sobre un ruedo cubierto de serrín coloreado formando dibujos emblemáticos de la ciudad, debidos al artista Mariano Moragón, desfilaron las cuatro bandas de música locales: «Unión Musical Guerrero», «Agrupación Armónica», «Colegio Provincial» y «Academia de Infantería, Caballería e Intendencia», seguida de carruajes llevando a jóvenes ataviadas con mantilla y peineta; a continuación intervinieron jinetes de la Academia, realizando a caballo «carrousells» de difíciles y vistosos juegos hípicos, para terminar con la lidia de dos becerros por sendos novilleros y de un eral que toreó y mató Nicanor Villalta. Se pudo contemplar la fiesta mediante el donativo de dos pesetas, si se ocupaba entrada de sombra; si de sol, el importe fue de una peseta y cincuenta céntimos. La cantidad total recogida, íntegra puesto que nadie cobró por gestionar o actuar, se destinó al Comedor de Caridad, para cuyo beneficio se organizó el cartel, diligente y eficazmente conseguido por el presidente de la Peña, don Jenaro Ruiz Rodríguez.

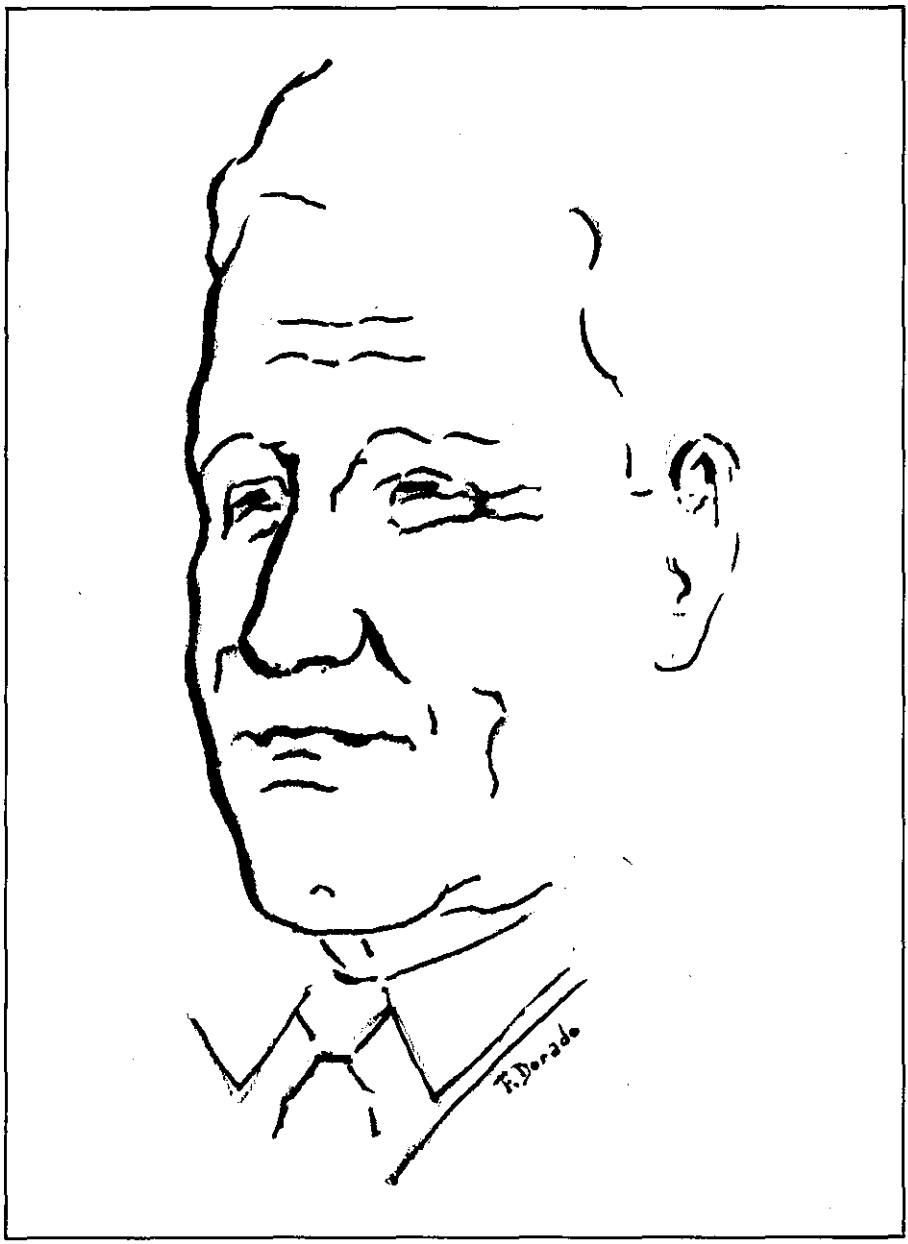
El Comedor de Caridad fue la institución importante integrada en la Beneficencia que, sin otra mejor en la capital, protegió alimenticiamente a pobres residentes y transeúntes, carentes entonces de prestaciones oficiales por desempleo u otros auxilios que hoy asume la Seguridad Social.

Al final de los años veinte se produjo en Toledo una desalentadora crisis económica; la hubo en toda España, acaso repercutida de la americana de 1929, salpicando a otros países europeos. En Toledo se notaron menos viajeros apetentes de conocer su arte y su historia. La principal industria y fuerte sostén de la economía local, la Fábrica Nacional de Armas, redujo su personal. Contraproducentemente, unos agitadores pertenecientes a organizaciones supuestamente pacifistas, escribían consignas en las tapias del centro fabril protestando contra la producción bélica, y recurrían a la sensibilidad femenina incitando a las mujeres operarias a dejar su trabajo. En cambio, en la prensa se pedía una mayor activación de la industria militar para mitigar el creciente paro, si bien que por haber descendido la demanda de cartuchos y espoletas se sugería que se fabricasen máscaras antigás, temiendo una nueva conflagración internacional como la pasada de 1914-1918.

Existían gentes preocupadas que argumentaban en favor de la instalación en la ciudad castellana de una refinería de petróleo por necesidades estratégicas, estando ella situada en el centro de la Península y cercana a Madrid, abundando en la obsesiva idea de una probable y próxima guerra, pero también para paliar las consecuencias de la decadente riqueza local.

## JENARO RUIZ RODRÍGUEZ

Don Jenaro Ruiz Rodríguez fue el hombre constante y entusiasta que puso su calor en favor de Toledo. Los afanes por lograr mayor bienestar a una ciudad




**Jenaro Ruiz.**

lo tienen unos hombres animosos y desprendidos; uno de ellos, merecedor de ser resaltado, es Jenaro Ruiz.

Nació el 14 de septiembre de 1892, su fallecimiento ocurrió el 4 de abril de 1982; cuando esto último sucedió contaba, pues, ochenta y nueve años de edad. Larga vida que muchos podrían atribuir, no sin razón, además de a condiciones genéticas, a su discurrir siempre activo.

Hombre que hubiera trascendido fuera de los límites de la ciudad que le vio nacer y en la que desarrolló todo su ímpetu de hacer siempre algo, si hubiera accedido a estudios por encima de la escuela en su infancia. A pesar de ello, Jenaro, con su despierta inteligencia, supo abrirse paso y sin rehuir trabajos duros primeramente, a sus diecinueve años era un verdadero artífice de sastrería, por lo que muy afamadas casas, cuyos profesionales gozaban de gran estima social, le requirieron para el puesto de encargado de las mismas; pero en la confianza de su propio bien hacer le indujo a rehusar esas ofertas y a montar su propio negocio, que llevó con inteligencia y maestría. Ser empresario meritorio y benéfico se es al prestar cuidados servicios al cliente, ordenando su administración, ingeniándose para producir en baratura y calidad y preocupándose por los colaboradores a su servicio; insospechadamente cada conducta induce en cadena a otras muchas más. La de Jenaro fue óptima. Recordando con cariño a la escuela, en la que lo encontró de sus maestros, combinando esto con las disponibilidades de su sastrería, en una ocasión regaló cortes de traje a los centros de primera enseñanza, para que fueran sorteados entre los niños matriculados; era, sin negarlo, un modo de hacer propaganda, pero con ello daba también una prueba de afecto a la población escolar, a la más modesta, por cierto.

Ruiz Rodríguez hizo de su profesión un noble magisterio, y esto es lo importante en la sociedad, por poco voluminosa que sea la empresa. Pero es que de Jenaro se pueden decir otras muchas cosas más. De espíritu inquieto, altruísta e inclinado por las obras sociales, festivas y artísticas, de cada una de ellas dejó testimonio en Toledo, enriquecidas con su fecundo entusiasmo.

Fue amigo del diestro Nicanor Villalta, y por esa amistad y porque el torero quería a Toledo, fundó la Peña que llevó el apellido de este renombrado lidiador. Ambos amigos coincidían en dos virtudes, esplendidez y generosidad, cualidades que en otras personas resultan hartamente confundidas y hasta distorsionadas. La «Peña Villalta» promovió espectáculos a fin de recaudar fondos destinados a obras caritativas. Celebrados fueron los bailes del Carnaval movidos por la Peña; hasta los artistas pintores tuvieron su participación, muy ilusionados en presentar sus obras a los competidos concursos de carteles anunciadores de las fiestas; carteles de estilización muy a la moda, algunos de aproximaciones cubistas.

En los años cuarenta y cincuenta, siendo Jenaro Ruiz concejal, quiso que los bailes se llevasen al aire libre, en la plaza. Preparó alguno en Zocodover, en verbena

popular. Buscaba de esta manera lograr, a través de la fiesta, entendimiento y buena convivencia social. A Jenaro Ruiz le gustó mucho el teatro. En su juventud y también en su madurez fue un brillante actor y director de formaciones de buenos aficionados. Representó los personajes principales de obras como «El Alcalde de Zalamea», de Calderón, o las más modernas «Marianela», de Galdós, y «Juan José», de Dicenta, sin desdeñar la comedia y asuntos más ligeros. Siendo presidente del Casino, en la postguerra, contribuyó con su influencia a que se restaurase el edificio, maltrecho y saqueado en los días de la contienda en el verano de 1936; con la restauración se instaló un digno salón de actos y en él un escenario suficiente para el buen desarrollo de representaciones teatrales.

Al Ayuntamiento de Toledo llegó un día la invitación para que oficialmente participara en el homenaje que a Jenaro le iba a rendir la ciudad, en 1933, con motivo de la concesión de la Cruz de la Beneficencia en reconocimiento a su labor benefactora siendo presidente de la «Peña Villalta». Al tratarse el asunto en sesión municipal se suscitó un largo debate. Se conserva el acta de la sesión, fechada el 22 de junio del referido año, firmada por el alcalde Guillermo Perezagua, quien se había ofrecido a hacer su aportación particular al homenaje, si los celosos concejales de entonces sentían escrúpulos en detraer de las arcas municipales unas pocas pesetas para tal fin.

Jenaro Ruiz fue concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento toledano durante dieciocho años, elegido repetidas veces por votación sindical, ocupando el cargo bajo el mandato de los alcaldes Andrés Marín, Angel Moreno, José Conde, Luis Montemayor, Daniel Riesco y Angel Vivar. Prolongado tiempo que difícilmente alcanza cualquier otro, porque a él nunca se le regateó tal puesto, incluyéndosele reiteradamente en las candidaturas debido al demostrado dinamismo y al desinteresado afán que tuvo siempre por mejorar y enaltecer cuanto a su alcance estuvo. Al llegar a elevada edad, el Ayuntamiento le nombró Concejal honorario vitalicio, que a él le congratuló, pero hubiera preferido seguir siéndolo en efectividad de no impedírselo el peso de sus muchos años. Durante la titularidad en su escaño municipal presidió las comisiones de Obras, Policía municipal y de Festejos, marcando en todas ellas significativas huellas de relevante actuación, como las de dejar muy realzadas las fiestas del Corpus Christi.

Como esposo y padre igualmente fue modelo a imitar. Emparentó con el gran músico maestro Cebrián, al que le unió gran afecto familiar. Se preocupó fuertemente por la educación de sus hijos; su nombre de pila se repitió en su hijo varón y en uno de sus nietos, éste galardonado poeta y, como sus primos, aplicado universitario. Su hijo, Jenaro Ruiz Ballesteros, es un notable endocrinólogo; fue director del Hospital Provincial y ahora destina parte de su tiempo en la divulgación de la ciencia sanitaria, habiéndose brindado muchas veces a difundir conocimientos por medio de charlas médicas radiadas, muy interesantes. También apasionado como su padre por el desarrollo de su ciudad, Toledo, fue teniente de alcalde,

desde cuyo puesto y en la prensa previó y luchó contra el trasvase Tajo-Segura, como ardoroso amigo del progreso de su tierra y un enamorado de los espacios naturales que en ella se encuentran.

## COLEGIO DE HUÉRFANOS DE MARÍA CRISTINA

Si antes se ha hablado de la participación militar en acontecimientos, preocupaciones y espectáculos referidos a la ciudad, bueno será también dejar constancia de instituciones que dieron vida económica y cultural a Toledo.

De estas instituciones cabe señalar al Colegio de Huérfanos de Oficiales de Infantería, de María Cristina. Hasta su desaparición de Toledo estuvo situado en el edificio inmediato anterior a la plaza de toros, hoy en él existiendo un hotel y un cine.

Relacionadas con este centro, señalemos cuatro notas curiosas:

Del Colegio fueron profesores hombres de procedencia militar, en activo y en la reserva, y civil. De la situación en la reserva lo fue el comandante don Víctor Martínez Simancas, ayudante en la guerra 1936-39 del general Orgaz; él mismo, después, ascendido a general de brigada. Una calle del barrio de Palomarejos lleva su nombre. El general Martínez Simancas, granadino de nacimiento, debió su pase a la reserva en el Ejército, en su primera etapa de profesión, al Decreto del Ministerio de la Guerra de 23 de abril de 1931 y disposiciones siguientes, cuyo conjunto fue conocido como Ley de Azaña. Martínez Simancas, muy activo y educador por vocación, extendía sus horas y se brindaba desinteresadamente a dar lecciones, dentro de un gran repertorio lleno de amenidad, a niños de cuarto grado de la Aneja a la Escuela Normal de Maestros, entonces ubidada en la plaza de Abdón de Paz.

Del Colegio de María Cristina de Huérfanos de Oficiales de Infantería se recuerdan los uniformes de paño azul oscuro que vestían sus internos, abrigados en invierno con capas del mismo color y, en cualquier estación del año, y del mismo tono, con gorras de visera los mayores y redondas marineras los pequeños.

A veces opuestos estos internos a jóvenes de la población, ambos bandos se enzarzaron en agrias disputas y hasta produjeron algún pequeño disturbio, principalmente por rivalidades futbolísticas, deporte que practicaron los huérfanos formando un buen equipo.

En el Colegio introdujo el ejercicio físico y deportivo el Jefe de Estudios del período 1-10-1899 al 30-6-1901, don José Villalba Riquelme, el cual desempeñó de seguido la misma Jefatura en la Academia de Infantería. Esos ejercicios físicos y deportivos formaron asignatura sistematizada, inspirada en métodos europeos como el de la denominada gimansia sueca, muy en boga en aquellos años.

## JOSÉ VILLALBA RIQUELME

Don José Villalba Riquelme estuvo muy unido a Toledo. Añadido al período en que ejerció la enseñanza en el Colegio de Huérfanos de María Cristina, de Huérfanos de Oficiales de Infantería, fue profesor de la Academia de este Cuerpo. En ella, además de Jefe de Estudios, ejerció de Subdirector, desde el 1 de febrero de 1907 al 14 de abril de 1909, y a continuación de Director, con duración desde mayo de 1909 a enero de 1912.

A tan ilustre militar se debe fundamentalmente la creación de la Escuela Central de Gimnasia, titulada posteriormente Escuela Central de Educación Física, que tantas promociones de Profesores e Instructores militares habría de dar y en la que se impartirían también cursos para personas civiles.

José Villalba Riquelme, hijo del médico 1.º de Sanidad Militar Rafael Villalba Aguayo y de Adela Riquelme O'Cronleg, nació en Cádiz el 17 de octubre de 1856. Trasladado con su familia a Puerto Rico, allí empieza su carrera militar como cadete, permaneciendo como tal del 17 de octubre de 1870 a fin de julio de 1871, y desde esta fecha a septiembre de 1873 en Madrid, donde sale de alférez. Intervino en acciones de guerra en Cuba y en Filipinas, en los años 1876 a 1878, y en Marruecos en 1912, continuando en territorio del mismo con actuaciones de mando dirigiendo y apoyando tropas de penetración y posteriormente como Subinspector de tropas de la Comandancia General de Melilla, ciudad en la que colocó la última piedra de la plaza de España, comenzada el año anterior.

Ascendido a general de división, fue nombrado Gobernador Militar del Campo de Gibraltar. Allí tuvo que poner a prueba sus dotes de equilibrio y tacto para resolver situaciones que pudieron comprometer estrategias de gobierno por hallarse en puntos claves de enlace con Marruecos por un lado y, por otro, próximo a la colonia británica de Gibraltar.

Así tuvo igualmente que tomar decisiones en conflictos sociales, cuales disturbios producidos en 1918 en La Línea de la Concepción y ante descontentos populares por disposiciones oficiales relativas a cambio de moneda; ante la huelga de cargadores de carbón españoles en Gibraltar; huelga de obreros portuarios en Algeciras, en 1919, que duró veintiún días; por las repercusiones de la huelga general revolucionaria en toda España, debido a la cual se declaró el estado de guerra en Barcelona y Madrid, alargada en Algeciras entre el 25 y 30 de marzo del mismo año 1919, y en la que el general Villalba, siguiendo órdenes superiores de Madrid, se vio obligado a detener a algunos cabecillas del territorio a su cargo. Mantuvo su autoridad en Alcalá de los Gazules, amotinada, y ante los desacuerdos sociales del ramo harinero en todo el Campo de Gibraltar; en huelga de obreros agrícolas de Los Barrios; en una más de 3.000 trabajadores del acarreo del carbón, y en otra, de telégrafos y teléfonos, que interrumpía las comunicaciones con Madrid, y que subsanó estableciéndolas a través de Ceuta enviando a ésta

(1)

# ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

1ª SUBDIVISIÓN.

Don José Villalba Riquelme nació en Cádiz provincia de el dia diez y siete de octubre de mil ochocientos cincuenta y seis su estado Es hijo del Médico 1º de Sanidad mar D. Rafael Villalba y Aguayo y de Dª Adela Riquelme O'Conley. Tiene los méritos, servicios y circunstancias que á continuación se expresan.

2ª SUBDIVISIÓN.

| Antigüedad que le conceden despachos ó nombramientos | | | Empleos y grados que ha obtenido. | Tiempo que los ha servido | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Dia | Mes | Año | | Años | Meses | Dias |
| [illegible] | octubre | 1870 | Cadete de Infanteria | 2 | 11 | 11 |
| [illegible] | septbre | 1873 | Alferez de idem por promoción | 1 | 10 | 14 |
| [illegible] | agosto | 1875 | Teniente de idem, por antigüedad | " | 7 | 8 |
| [illegible] | marzo | 1876 | Grado de Capitan de idem por servicios durante la campaña | 13 | [illegible] | 18 |
| | " | " | Grado de Comandante de idem por pase al Ejercito de Cuba por Real orden de 12 de septiembre de 1876. | " | " | " |
| | mayo | 1889 | Capitan de Infanteria en recompensa de su obra "Tactica de las tres armas." | 5 | 2 | 4 |
| | mayo | 1889 | Antigüedad en el grado de Comandante. | " | " | " |
| | julio | 1894 | Comandante de Infanteria por propuesta extraordinaria de antigüedad. | 3 | 7 | 10 |
| | febrero | 1898 | Teniente Coronel de Infanteria por antigüedad. | 11 | " | 26 |
| | marzo | 1909 | Coronel de Infanteria por antigüedad | 3 | 7 | 8 |
| | octubre | 1912 | General de brigada por sus servicios y circunstancias, teniendo en cuenta los de campaña que llevaba prestados y en vacante reglamentaria | 3 | 6 | 28 |
| | mayo | 1916 | General de division por mérito de guerra | | | |

Total de servicios efectivos hasta ..... de ..... de .....

ARCHIVO GENERAL MILITAR

**Número 1 de la hoja de servicios del general José Villalba.**

mensajes por medio de heliógrafos militares para que, a su vez, los retransmitieran por procedimientos ordinarios. Otra situación anómala, y que solventó, fue la resistencia de los capitanes mercantes que hacían con sus barcos la travesía del Estrecho de Gibraltar. Durante el período de su mando en el Campo fue eficaz gobernante dirigiendo campañas antituberculosas y contra la gripe, encaminadas a combatir las correspondientes enfermedades, que hacían grandes estragos en la nación entera.

José Villalba Riquelme fue recompensado con numerosas condecoraciones y distinciones nacionales y extranjeras. De entre ellas figuran la Gran Cruz de Isabel la Católica, varias del Mérito Militar, de San Hermenegildo, de Alfonso XII, Cruz Inglesa de la Orden del Comendador de San Miguel y San Jorge, Collar de la Orden portuguesa de Santiago, del Tesoro Sagrado del Japón, Gentilhombre de Cámara de S.M. el Rey y muchas más. Fue Ministro de la Guerra del 25 de diciembre de 1919 al 5 de mayo de 1920. Falleció en el año 1944.

Como buen tratadista castrense, a él se deben las meritorias obras «Elementos de logística» y «Fuego de Guerra». En las Academias General y de Infantería, así como en el Colegio de Huérfanos, fue el buen profesor capaz de enseñar materias tan diversas como Literatura Militar, Prolegómenos del Derecho, Detall y Contabilidad, Procedimientos Militares, Ferrocarriles y Telégrafos, Constitución del Estado, Teoría del Tiro, Táctica de Caballería y Artillería, Reglamento de embarque y desembarque y otras disciplinas.

Principal propulsor y creador de la Escuela Central de Gimnasia que, pasados los años, habría de dirigir su hijo Ricardo, éste con gran pasión, mejorando programas e instalaciones. Este centro quedó en Toledo como bien educativo, debido a un andaluz de nacimiento enraizado en la ciudad.

## ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ACCIÓN Y CULTURA. Periódico del Patronato Obrero de los Caballeros del Pilar. Toledo, 1929. Varios números.

ÁNGEL CANTOS. *TOLEDO.* Establecimiento tipográfico, Rafael Gómez Menor. 1926.

ARCHIVO ESCUELA DE ARTES DE TOLEDO. Varios legajos.

ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA. Hoja de Servicios de José Villalba Riquelme.

*BOLETÍN INFORMATIVO.* Sindicato de la Madera y Corcho. Madrid, 9 de octubre de 1959.

FERNANDO DORADO MARTÍN. Varios artículos, del autor, en el diario *El Día*, Toledo, 1990 y 1991, y en el *Boletín Informativo* de la Delegación Provincial de Cultura.

LUIS MORENO NIETO. *Diccionario Enciclopédico de Toledo y su provincia.* 1977.

JULIO PORRES MARTÍN-CLETO. *Historia de las calles de Toledo.* I.P.I.E.T., 1971.

*REGIONES.* Revista ilustrada de la vida regional. Madrid. Agosto de 1935.

*TOLEDO SINDICAL.* Periódico editado por el Servicio de I. y Publicaciones Sindicales. Julio de 1959.

*TOLETUM.* Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Varios números.

PILAR TORMO MARTÍN DE VIDALES. «El teléfono en Toledo y Los Montes. 1890-1990». Asociación *Montes de Toledo.* Revista. 1990.

# ÍNDICE


| | Pág. |
|---|---|
| Explicación previa | 5 |
| El último telar artesano en Toledo | 7 |
| Higinio Librado Retana | 8 |
| Los vecinos. Las verbenas | 9 |
| Alejandro Martín Sánchez | 10 |
| Alcaldes de Toledo | 12 |
| Justo García García | 15 |
| Casas de comidas | 18 |
| Carmen Aires García-Ochoa | 18 |
| Toledo, atractivo de artistas | 20 |
| Ramón Pulido Fernández | 22 |
| Movimiento migratorio | 23 |
| Tomás Rodríguez Bolonio | 24 |
| Mujer empresaria en negocio nuevo | 26 |
| Isabel González-Alegre Fanjul | 28 |
| Asistencia sanitaria | 30 |
| Emilio González Orúe | 30 |
| Caminar del seminarista | 32 |
| Anastasio Granados García | 33 |
| Obreros o trabajadores | 36 |
| Manuel Guerrero de la Cruz | 38 |
| Tesonería. Eficacia | 39 |
| Jenaro Ruiz Rodríguez | 40 |
| Colegio de Huérfanos de María Cristina | 44 |
| José Villalba Riquelme | 45 |
| Orientación bibliográfica | 49 |

FERNANDO DORADO MARTÍN es nacido y reside en Toledo.

Artista pintor y Diplomado en Ciencias Sociales.

Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Es también miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores.

Ha colaborado en diversos diarios y revistas con artículos relativos a Arte y a otras materias, de entre éstas algunas de carácter social y otras rozando la historia reciente. El Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos le tiene publicado el tomo titulado «Pablo, José y Enrique Vera, tres pintores de Toledo».

Ha obtenido diversas distinciones y premios de pintura, de ellos en la Exposición Nacional de Valdepeñas de 1960 y el «Master Barometer Association» en 1986. Ha formado parte del jurado en varios concursos artísticos.

**Ultimos títulos publicados:**

75.—*El traje típico de Lagartera,*
por M.ª Guadalupe Fernández González.

76.—*La comarca de El Horcajo de Santa María,*
por Fernando Jiménez de Gregorio.

77.—*Paleontología de Toledo,*
por Francisco de Sales Córdoba Bravo.

78.—*Medicina popular en la provincia de Toledo,*
por Ventura Leblic García.

79.– *Canciones y romances de la villa de Sonseca,*
por M.ª Dolores Romero López.

80.– *Ambientes y personajes de Toledo del siglo XX,*
por Fernando Dorado Martín.

**De próxima publicación:**

*Los franciscanos y el pueblo de Lillo,*
por Cayetano Sánchez Fuertes.

**En preparación:**
**(El orden que se indica no será siempre el de aparición)**

*La mesa de Ocaña,*
por Fernando Jiménez de Gregorio.

*El Monasterio de San Clemente,*
por Jesús González Martín.

toledo diputación provincial